AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA

TRANSCURSO AFORTUNADO 2008 acuarela ygouache sobre papel 70 X 50 Colección particular Jijona

CON OBRAS DE SEGUNDO GARCÍA Y GLOSAS AUCANAS

Asociación Cultural AUCA de las Letras
Revista cuatrimestral

Nº 23 Noviembre de 2011

AUCA

© De los textos y las ilustraciones: los autores

Coordinación : Manuel Parra Pozuelo

Consejo de Redacción : Mª Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo y Juan Vicedo Sánchez

Consejo asesor : Julia Díaz Climent, Inmaculada Méndez, Trinitario Rodríguez, Mª Isabel Pintos, Mercedes Rodríguez, Lucía Espín Martínez, Francisco Alonso Ruiz Pérez, Manuel Valero Gómez.

Colaboradores : Agustín Conchilla, Cristina Ortega, Esperanza Fernández, Ana Marlópez, Pedro Sanmartín, Mª Dolores Lamata, Antonio Zapata, Julio Pavanetti, Iván Calero, María Plana, Manuel-Roberto Leonís, Annabel Villar, Antonio Gracia, Ana Cesana, Diego Zambrano-Enríquez, Juan Carrizo.

Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño de portada : Segundo García
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *Transcurso afortunado* de Segundo García (Acuarela y gouache sobre papel)

Imprime : Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010, S.L. C/Padre Mariana, 15 Bajo. 03004-ALICANTE

Colaboraciones y Correspondencia:
c/Gravina, 4 –Centro Loyola-. 03002-ALICANTE
mparra@postalvia.com
WEB: www.aucadelasletras.es

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE	AUTOR	pág
El proverbio de la rocalla petrificada	Inma Méndez/Alféizar	3
El caos	Pedro Sanmartín Grau	4
Alas/ Para una novia blanca	Julia Díaz Climent/ Juan Vicedo	5
Reuniones familiares	Mª Dolores Lamata	6
La destrucción de Avalón/El gatillo	Antonio Zapata	7
El nombre de Dios	Francisco Alonso Ruiz	8
Para Paula	Airam Lebasi	9
¿Cómo se hace?	Ana Cesana	10
Caballo español	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	11
Poesía de resistencia….	Manuel Valero Gómez	12
Canto y Alba/ ¿Dónde guardan…	Ana Marlópez/ Inma Méndez-Alféizar	18
Versos para Niké	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	19
Los niños en la literatura española	Juan Vicedo	20
Amantes	Manuel Parra Pozuelo	23
Madrigal en la noche/ Indagación	Antonio Gracia/ Mercedes Rodríguez	24
Lluvia de infancia	Francisco Alonso Ruiz	24
La noche acecha	Airam Lebasi	25
En la prominencia salvaje	Inma Méndez/Alféizar	26
No tengo otras palabras	Julia Díaz Climent	27
De mi huella (3ª parte)	Trinitario Rodríguez	28
Cuadernillo de Segundo García: obra pictórica	Glosas aucanas	29
Corintio capitel al que una mujer ama….	Manuel Parra Pozuelo	30
Españoles ejerciendo de españoles	Juan Vicedo	32
Las amantes	Francisco Alonso Ruiz	34
Canción triste para una Rosa sin espinas	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	36
El ángel de La Alcarria…..	Mª Rosario Mohinelo	38
Levántate, juventud	Trinitario Rodríguez	40
Y lira así encendida sobre sombras	Juan Vicedo	42
La muñeca	Mª Rosario Mohinelo	43
15-M	Julia Díaz Climent	45
La Taberna	Esperanza Fernández	46
Dos poemas	Manuel-Roberto Monsonis	47
El día que todas las gallinas dijeron ¡clo!	María Plana	48
Trova de las sefarditas que semeja una endecha	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	49
Mirar atrás	Cristina Ortega Morales	50
Solo en la ciudad	Mª Rosario Mohinelo	51
Extraigo del yacimiento/El poeta y Euterpe/ Duermes	Julio Pavanetti/Julia Díaz Climent	52
El día en que partió Andrés Galindez	Airam Lebasi	53
Homenaje a un poeta norteamericano	Francisco Alonso Ruiz Pérez	54
Poema del otro. Las dos Españas	Juan Vicedo	55
San Nicolás de Bari	Agustín Conchilla	56
Alentando en los otros	Manuel Parra Pozuelo	58
La noche temblaba….	Manuel Valero	59
La bicicleta roja	Annabel Villar	60
La calle luminosa/ Tribulación	Fcº Alonso Ruiz/Diego Zambrano-E.	61
Una persecución inesperada	Airam Lebasi	62
La casa	Lucía Espín	64
Mis manos	Juan Carrizo	65
Cuando el agua corría por el río	Lucía Espín	66
El segundo libro de un poeta paisano y amigo	Manuel Parra Pozuelo	67
Réquiem de amor	Iván Calero	68

PRESENTACIÓN

Queridos amigos y lectores, presentamos nuestra revista nº 23, cuyos contenidos esperamos sean de su agrado.

Los relatos de nuestros compañeros y colaboradores son tan variados como interesantes: El protagonista de *El Caos*, relato de Pedro Sanmartin, se esfuerza en justificar sus acciones achacándolas a la influencia que sobre él ejerce el viento. María Dolores Lamata, en el suyo, nos recuerda el riesgo que conllevan a veces las reuniones familiares. Francisco Alonso Ruiz nos relata la misteriosa entrevista mantenida con un rabino judío que trataba de averiguar el verdadero nombre de Dios. Airam Lebasi nos ofrece sus relatos *La Noche acecha, El día en que partió Andrés Galíndez* y *Una persecución inesperada*, de diversa temática mas envueltos en un mismo aroma, el de Galicia, tierra de la autora. Esperanza Fernández, en *La Taberna*, nos habla de los singulares hechos ocurridos en ese establecimiento y Agustín Conchilla, de lo que pasó en la iglesia de *San Nicolás de Bari*. Annabel Villar ha escrito sobre el anhelo de libertad de la protagonista de su relato, *La bicicleta roja*; María Plana, sobre la revolución de las gallinas de una granja. María Rosario Mohinelo recuerda un hecho real en su relato *La muñeca*, mientras que en *Solo en la ciudad* parte de un ejercicio de Taller: construir un relato que tiene que acabar en una frase dada.

Manuel Valero Gómez y Juan Vicedo aportan a este número dos interesantes artículos: El primero ha realizado un estudio dividido en cuatro partes y bien documentado, como en él es habitual, sobre la obra poética de nuestro compañero y amigo Francisco Alonso Ruiz. Dice Manuel Valero que su intención al analizar la obra de Alonso es "demostrar la ambivalencia trágica y existencialista que como mecanismo de resistencia la poesía de Francisco Alonso ha adquirido en su madurez."

Juan Vicedo, demostrando una vez más su preocupación por los avatares de la infancia, "ahora que el niño puede convertirse en tirano o mercancía que se compra o se vende a bajo precio", nos ofrece un retablo de enternecedores personajes infantiles de la literatura española; desde los protagonistas de antiguos textos como los de Gonzalo de Berceo, hasta los creados por Delibes, Juan Goytisolo, Cela o Sénder.

Nuestro compañero Manuel Parra Pozuelo, analiza el segundo libro de su amigo y paisano, el poeta Antonio Bello Iniesta, titulado *"Por la senda del Corazón"* que constituye un itinerario lírico en el que el poeta refleja sus emociones más íntimas, ligadas al entorno en el que ha transcurrido su existencia.

Segundo García, Catedrático de Dibujo, director que ha sido del Museo de la Asegurada, miembro de la Real Academia de las Artes y Letras de Cuenca, ahora reconvertido en pintor novel, enriquece las páginas dedicadas a la pintura en nuestra revista, permitiéndonos la reproducción, que tanto agradecemos, de algunas de sus obras que son comentadas por nuestros compañeros.

No faltan en nuestra revista los poetas: Nos ofrecen sus poemas Inma Méndez/Alféizar, Antonio Zapata, Airam Lebasi, Ana Cesana, Mercedes Rodríguez Gª-Olías, Ana Martín López, Manuel Parra Pozuelo, Antonio Gracia, Francisco Alonso, Julia Díaz Climent, Trinitario Rodríguez, Juan Vicedo, Manuel-Roberto Leonís, Cristina Ortega Morales, Julio Pavanetti, Manuel Valero Gómez, Diego Zambrano-Enriquez, Lucía Espín y Juan Carrizo. Iván Calero, con su poema *Réquiem de amor*, inaugura la nueva sección que nuestra revista ofrece a los artistas menores de 21 años: Rincón del artista cachorro. En tan amplia nómina de poetas, los poemas de amor juvenil conviven con los de amores maduros; tampoco falta el toque erótico en algunos de ellos; la denuncia de las injusticias, el recuerdo, el paso del tiempo… También están representados los estilos clásicos y modernos.

El proverbio de la rocalla petrificada

es ahora tu licenciatura,
nunca hallarás la Cátedra de la sabiduría,
te espera el verdemar del fondo mohoso de un pozo
envuelta en una lágrima agrietada.

Pero lo que por justicia una vez fue mío
he de robarlo al viento,
si quiero escucharlo tan solo un segundo.
A ése que está enmarañado y pisoteado que una vez
fue nuestro.

¿Qué hicimos de aquella tarde?
Tú sonreías y yo también.
Una bóveda de cristal finísimo nos protegía
de las cicatrices inventadas.
Entallamos la bahía y el Mar era nuestro.
El canto del Cielo sonoro trepaba por nuestros poros
y el juego de la Noche nos regaló purpúreas estrellas.

Ahora que no te tengo,
ni tú a mí,
mi garganta galopa con el fuego y
degusta espinas tranquila
con la saliva
y casi ya no sangra.
Está macerada en acíbar.

Amor de verano
y lento olvido sempiterno.
Ahora sé que te amo
a pesar de los Infiernos

No te perdí entonces
sino ahora,

hace un ratito.

Inma Méndez/Alféizar

EL CAOS

Les voy a contar cómo fue, señores policías. La verdad es que a mí me provocaron. Yo por mi propia iniciativa no lo hubiera hecho nunca; pero, lo que yo me digo, sí, me lo digo: porque siempre hablo solo. ¡Ja! ¿Se puede resistir el estar viendo el manjar delante de las narices de uno sin acercarse a cogerlo? Y aún más aquel día. ¡Uf, qué día! ¿Es que no lo recuerdan ustedes? No me digan que no lo recuerdan. Sí, señores guardias, era tres de junio ¡pleno verano! ¿Cómo dice? Hable fuerte, ¿quiere? ¡Ja! Estoy más sordo que una tapia de las de antes. Sí, es por eso por lo que no hablo nunca con nadie. Bueno, con nadie, no. La verdad es que siempre estoy hablando, claro que es conmigo mismo. ¡Ja! Sí, es verdad, yo no soy nadie. ¿Ha dicho que en ese día aún no es verano? ¿No? ¿Cómo que no? ¡Con el calor que hacía! Pues yo le juro por mi santa madre que en gloria esté que aquel día sí, sí que era pleno verano. Porque no me irán a negar que verano es un día de mucho calor y no una fecha, ¿verdad? Además, si se acuerdan hacía mucho viento, un ventarrón que despeinaba los cabellos. ¡Uf, qué viento! El mar se agitaba como loco, el mar parecía estar desesperado con aquella agitación.

¡Maldito viento! Y las ramas de las palmeras se pegaban unas a otras cada bofetada que estaban a punto de romperse. ¡Jo, qué día de viento aquél! ¡Qué manera de soltarse bofetadas las ramas! Y luego, van los naturalistas y dicen que solo los hombres nos pegamos con los hombres. Pues, ya oye, señor comisario, aquel día también las ramas de las palmeras se peleaban, se azotaban. Claro que la culpa era del viento; porque ¡Jo, qué viento hacía. Cómo soplaba! La verdad es que habiendo vivido siempre en la naturaleza, siempre en la intemperie, sabiendo Botánica en una palabra, señor comisario, era para pensar que el caos del desorden se cernía sobre la tierra sin piedad. ¿Y en qué iba a pensar un hombre como yo en un día tan caótico? Yo se lo diré, jefe, en disfrutar un poco, en poseer lo que nunca se me dio. ¡Jo, qué pocas cosas he tenido en esta vida! Y además, la culpa no fue solo mía; no, señor comisario, le digo de verdad, señor Juez, la culpa no fue solo mía. Todos los que estaban dentro de aquel café me provocaban, me invitaban. Yo sentía como si me dijeran: ¡Tómalo! ¿No te das cuenta de que es tu única y última oportunidad?

Sin embargo, yo, señor juez, a pesar del viento, a pesar del caos, a pesar de las invitaciones que me ofrecían todos aquellos, trataba de vencer la tentación, trataba de luchar. ¡Ya ve qué osadía la mía, señor Ministro: ¡luchar! ¿No se dan cuenta de que yo he nacido para entregarme, para no discutir, para ser vencido, para perder siempre? Y a pesar de que el calor, el viento y el caos presagiaban que algo increíble iba a suceder, yo luchaba. Luchaba hasta donde era capaz de luchar. No es que yo fuera capaz de ir demasiado lejos en mis tentativas; pero, estaba dispuesto a resistir, resistir, resistir. ¡Ja! ¿Resistir yo? No, yo nací vencido, señor Ministro. Mi padre tenía mi misma profesión ¿Cómo iba a resistir yo? Imposible. Sí, la verdad es que yo lo encontraba imposible.

Y fue entonces cuando la confusión entró en mi mente, en mi bolsillo sentí un objeto duro, largo y redondo: ¿qué era aquello? ¿Qué es? Me pregunté qué. Miré los anuncios y en ellos, en colores además estaban los helados, eso era ya crueldad mental, señor Ministro. Allí, pintados estaban los helados con su nata, su avellana, su canutillo. Sí, como le digo, señor guardia, hasta de colores estaban pintados. Y por otro lado, el calor, el calor, el viento y el caos que anunciaba algo inminente. Un helado acabaría con aquella estúpida lucha; con solo olerlo acabaría de luchar. Luchar yo, que nací vencido. ¡Jo, qué valor! En un esfuerzo sobrehumano abrí la boca para que el viento húmedo del mar refrescara mi gaznate; pero ¿sabe una cosa, señor Juez? Aquello sólo servía para

producirme más sed. Y cuanto más abría la boca, más sed tenía. ¿Y sabe por qué? Porque el viento me secaba la garganta, me evaporaba la saliva. ¡Jo, qué viento más endemoniado!

Aquel habría sido un día estupendo para ir hasta el río a lavarme la ropa interior, se me hubiera secado en un momento. Nada más colgarla y ¡zas! seca. Porque, yo, a pesar de lo que hayan pensado ustedes soy un hombre muy curioso, me gusta llevar la ropa limpia y cada vez que sale un buen día, un buen día de viento, se entiende, señor guardia, pues me acerco al río y me lavo la ropa interior. ¡Jo, qué gusto da ponérsela después recién lavada! Me lavo los calcetines, los calzoncillos, la camiseta, los pantalones, la camisa y, antes de que me la quitara el viento, me lavaba también mi corbata. Bueno, ¡qué presunción! Me refiero a un pañuelo que llevaba colgado del cuello.

Pues, como les decía, señores del Jurado, aquello era irresistible, inaguantable. Todas aquellas caras con la nariz llena de helado, las comisuras de los labios chorreantes de helado me llamaban, me decían: Vamos, pasa y toma uno. ¿No has visto el caos que viene? Esto es el fin, esta historia se acaba en la tierra; aprovéchate, es tu ocasión. Y la verdad, querido pueblo, ¿acaso ustedes son capaces de distinguir a un desgraciado de un rey si ambos están en calzoncillos? Los felicito de veras si son capaces; pero si lo son, habrán de demostrarlo, cosa que no les será fácil. Pero, yo no soy capaz: un hombre o una mujer con taparrabos no tienen dinero, no tienen categoría. Y mientras tanto, el caos. ¡Jo, qué caos! ¡Parecía el fin! La tentación me venció, señor Ministro, sí, la tentación y el viento, me empujaron y ¡toma! agarré el helado, me afané varias cajas de helado y eché mano de la recortá, que siempre va conmigo por si un caso y… y aquí estoy, en medio de este caos.

Pedro Sanmartín Grau

Alas

Acechantes alas
surcan las espumas calientes de la sangre
debatiéndose la lágrima y la estrella
en la nube capilar de los pulmones.
Alas acechantes
vuelan penetrando los abismos
sembrándose en la espiga de los dedos
bajo el suelo natal de mis talones.
Planea un ala sobre el ojo roto
en el cáncamo de un párpado deforme.
Saben la oquedad de los milagros
de espacios infinitos en los panes.
Cauterizadas llagas nutritivas
aletean debajo de las puertas
conquistando a gritos el enjambre.
Alas reclamando el vuelo sin excusas
hacinando plumas en mi carne.
Transmutándose en pétalos alados
las ingentes preguntas de mi hambre.

Julia Díaz Climent

Para una novia blanca

A mi mujer, Emma. En uno de nuestros aniversarios.

La rosa tiene sus espinas
y sus días fragilísimos, contados.
La novia, la mujer más hermosa,
que nos mira un momento
y se detiene ante un escaparate,
puede ponernos tristes
si esconde sus palabras
en un bolso encantado.

La novia, esa mujer tan bella,
que sabe y quiere ser feliz,
se mira en el espejo de la tarde
y a sí misma se dice
que la rosa tiene sus espinas,
que los días son cortos
y que el sol, la llama luminosa de su vida,
alumbra con colores
el rosa más suave de sus labios.

Juan Vicedo Sánchez

REUNIONES FAMILIARES

¿Qué les diremos cuando vengan? Como primera medida lo que tenemos que hacer es tranquilizarnos, dar sensación de seguridad y aplomo, recibirlos con la mejor sonrisa. Es imprescindible que no sospechen, que estén confiados. Cuando esto ocurra será el momento de comenzar con el interrogatorio; sutilmente preguntaremos: ¿Alguien sabe adónde fue a parar el documento que tío Raimundo dejó sellado y lacrado antes de morir? Estamos organizando la casa y poniendo en orden los numerosos papeles, qué vaya cómo era, todo lo guardaba, mas el documento escrito de su puño y letra no aparece por ninguna parte.

Efectivamente, todo esto fue lo que les dijeron. Los recién llegados, sorprendidos, mirándose unos a otros, afirmaron que ellos no habían visto tal documento, entre otras cosas porque el vivir fuera lo hacía imposible.

-Sí, cierto que no vivís en la casa, pero ¿y en los veranos pasados aquí; no os ha dado tiempo de rebuscar por los cajones?

-¿Adónde queréis ir a parar? –preguntó uno de los familiares, visiblemente enojado.

-No te pongas así, es solamente una pregunta. ¿Queréis más vino? Habéis dado buena cuenta del jamón y las croquetas.

-¡Ah, sí, las croquetas; nadie las hace como tú, Felisa. –respondió la mujer de Eliseo-. Se me ocurre una idea… ¡es que soy genial! ¿Qué tal si en adelante las llamamos Felisetas? Hasta podríamos patentarlas. Nos haríamos de oro con las exportaciones; estoy viendo luces de neón por medio mundo anunciando: Felisetas, Felisetas, quien las prueba "felix" es.

-Baja de la nube, -le respondió Felisa-, o mejor, vete a la cocina y practica que con tanto éxito vamos a necesitar muchas manos.

La conversación no prosperaba. Todos hablaban de bobadas, hasta que Felisa, harta ya, se lanzó a la yugular diciendo con voz atronadora: "¡Hasta aquí hemos llegado! Nadie saldrá de este lugar hasta que el documento del tío Raimundo no se encuentre. ¡Qué guasa! En vida, sólo acudíais para pasar unas buenas vacaciones a su costa; cuando enfermó desaparecisteis dejando al tío a nuestro cuidado. Hasta su fallecimiento no volvisteis a hacer acto de presencia. Ni las manos podíais controlar extendiéndolas al grito de: ¿qué hay de lo mío?

Debéis saber que si el documento no aparece, Etelvina y yo nos convertiremos en sus herederas universales, así que vosotros veréis, confesáis o en un tris os ponemos en la calle sin contemplaciones."

Todos se miraron furiosos, insultándose. Cada cual culpaba a otro de haberlo sustraído; salieron a relucir los trapos sucios y se armó la marimorena.

En plena madrugada, con un frío inmisericorde que helaba los huesos, Felisa y Etelvina, erigiéndose en jueces, con el brazo extendido y el dedo acusador tieso, los pusieron a todos en la calle. Cuando hubo salido el último cerraron el portón y corrieron el cerrojo con gran estruendo. Después, se abrazaron y, con toda la maldad de la que eran capaces, de sus bocas desdentadas salieron unas risas aterradoras.

-¡Al fin solas, Todo en nuestras manos! –Dijo Etelvina.

-Sí,-asintió Felisa-. Esos desdichados no van a llegar muy lejos; el que más Felisetas haya comido llegará el primero a la Eternidad.

María Dolores Lamata

Destrucción de Avalon

Planean hipogrifos alados
por los valles del óxido,
donde los hombres y mujeres
se extinguieron y borraron
toda altura
de orgullo.

No me mires,
perraza de ojos azules
que hoyas con tu hocico verde
mis pasos de arcilla roja.

No soy humano,
ni siquiera un ser vivo,
narro desde las lejanías
como una veleta rota y desorientada,
porque no existen lugares que orear.

Todo es hibridez,
voraces gárgolas,
titanes que vuelven y cíclopes
que despiertan,
murciélagos que andan
y horadan cuevas,
para extender nuevos dominios
de especie.

Nadie se queda,
no hay reinos perpetuos;
esclavos y amos,
hembras y machos
amasados en la rueda dentada
de la evolución
seguirán pariendo razas,
poder y espanto.

Antonio Zapata Pérez

El gatillo

Soy el gatillo
que la humanidad
empuja,
la bala
que llevan
todos los hombres.

Por mi pecho
transitan
trenes de cercanías:
¡Dadme una amplia
llanura
y levantaré al hombre!
¡Ponedme
un pueblo
a la espalda
y crecerá otra especie!

¿O es que no cabe
un alfiler de conciencia
en el tejido humano?

Ni a grandes zancadas
ningún dios
recorrerá la palma de mi mano,
ni rey soberbio
me hará ceder un grado…

Aun solo y sin estirpe,
en el mar de Anteo,
aferrado a mis ideas,
sabré defender mi parte
contra el todo.

Antonio Zapata Pérez

EL NOMBRE DE DIOS

Por respeto a su memoria y a su excelso trabajo de investigación, no voy a revelar el nombre del rabino judío que vivió esta verídica historia.

Fui a visitarle al hospital de enfermos mentales en que le habían recluido. Supe por mis relaciones con el mundo hebreo, sobre todo con eminentes estudiosos del Talmud, que el sabio del que os hablo, según se decía, había perdido totalmente la razón.

Yo nunca creí que mi rabino estuviera loco. Me encontré con un anciano macilento, enjuto, pero enérgico y apasionado. Se dijo en aquel tiempo que mi rabino talmudista estaba sumido en la demencia por un libro desconocido, a cuya búsqueda había dedicado toda la vida.

El ser humano al que conocí en aquel tiempo estaba lúcido, yo así lo creo, cuando me habló de aquel enigmático texto.

La historia que por él conocí era la siguiente:

"Una cita en un códice antiguo de nuestra venerable y santa cultura hebrea me reveló la existencia de un tratado místico, escrito hacía algunos siglos antes.

No sé cómo nadie había reparado en el interés que debió suscitar aquella cita erudita, pero a mí me influyó desde que la leí. Y seguí un camino de estudio que me llevó a otro libro y a otro libro, hasta la extenuación y la enfermedad.

Supe, conocí, intuí, adiviné, que existía un manuscrito en que se revelaba el misterio más grande, el que han buscado en todas las culturas los más notables teósofos, teólogos y místicos: el nombre oculto de Dios.

El dios del Pentateuco nunca se nombra a Sí Mismo. Los judíos usamos el Tetragrammaton, las consonantes YHV que nos dan Yahvé o Jehová, pero el nombre primordial es impronunciable, recóndito e incógnito. El nombre del Creador del Universo, el nombre que le dan los ángeles en el cielo, conocí que se revelaba en un texto guardado y recogido en la Biblioteca."

Como nuestro nombre, el que diferencia a cada ser humano expresa la realidad, la esencia que somos, también el nombre de Dios nos diría quién es Dios, su verdad completa y absoluta.

Y continúa el rabino:

"Dicen que estoy enfermo, loco, pero lo dicen porque no entienden lo que he logrado saber y que usted, querido amigo, va a saber desde hoy.

El manuscrito del que le hablo, escrito en letras hebraicas muy antiguas, por un eremita que murió demente, existe. Y sé dónde puede estar, aunque nunca haya conseguido encontrarlo.

Viajé hasta el país, la ciudad y la gran Biblioteca, donde supe que estaba el misterioso texto. Gasté todo mi patrimonio en esa búsqueda, estuve en la Biblioteca.

La Biblioteca es inmensa, enorme, fabulosa, como el Universo. Todos los textos que se pueda usted imaginar, todos los poemas, los cuentos, las leyendas, están en la Biblioteca, el Laberinto.

Están allí todas las ciencias: Química, astronomía, biología, matemáticas, el microcosmos y el macrocosmos, el saber reflexivo, la exactitud de los hechos históricos.

Miles, millones de códices, innumerables pergaminos o legajos, se amontonan en la Biblioteca.

La Biblioteca es el alma humana. Febrilmente he recorrido estanterías, anaqueles, repisas, mesas y cajones. He gastado toda mi existencia en hallar el fatídico libro.

Solamente algo he entendido de la Biblioteca, la razón de que exista y de que sea grande y enrevesada y tortuosa es hacer imposible el hallazgo del libro, ya que ese descubrimiento nos diría el nombre de Aquel por el que fueron creadas todas las cosas."

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Para Paula

Cumples doce años.
La niña que eres penetra el misterio.
En la sorpresa,
descubres escondido entre los poros
de tu piel
nuevos latidos,
nuevos rubores,
nuevos silencios.

Todo brilla en tu mirada,
resplandecen el mundo y la vida:
ah, pero sientes congoja,
nada es seguro,
te vuelves frágil y oscura.
Te contradices con tu pensar:
gritos alegres
pueblan tu boca,
lágrimas amargas nublan tus ojos,
frío, calor, miedo,
tu tiempo, interrogante misteriosa.

Sigues tu caminar: sigue tu vida,
trazas caminos que son estelas,
vas bordando la urdimbre en el telar,
ya transparente, ya contrito,
conformas con tu singladura la existencia.

Un día
llega él
y vuelve caótica tu vida.
El tiempo es eterno mientras lo esperas,
vuela raudo cuando lo tienes,
y dices " Hoy la tierra y los cielos me sonríen;
hoy llega al fondo de mi alma el sol;
hoy lo he visto…lo he visto y me ha mirado…
¡Hoy creo en Dios!"

Yo, poeta, exhorto a la ladrona de sueños
para que se aleje de tu aflicción.
La luz corre por caminos invisibles
se posa en tu vientre renacido,
como yedra undosa que envuelve tu cuerpo
con su frescor.
"Vuela ladrona de amaneceres por el cenit de tus pesares,
no confundas el despertar del alba dormida
arropada en su inocencia
con el tráfago de congojas de tu villanía.
Ama la dulzura del despertar de su ilusión.

No destruyas su mirada que refleja el cielo,
los árboles y las fuentes,
la candidez de las aves y las auroras
escondidas en las áureas de su candor.
Vuela, pasa de largo, escóndete en el antro donde vives,
deja libre su camino tejido con rayos de sol y plata de luna,
déjala arribar por el devenir de tus arcanos.
Déjala para que la semilla nazca sin ruido
mientras llegan los albores de su despertar.

Un beso

Airam Lebasi

¿Cómo se hace?

¿Cómo se hace para vivir la soledad?

Vivir en su compañía.
Me habita, me crea, me vuela, me encierra,
me alivia, me desvela.
Acaricia mi corazón y ahí se queda...

Déjame reencontrarme con la que fui...
la que soy y que tú niegas.
Habitarme... te permito, mas no
que hagas de mí tu eterna morada.

Pintura y poema de Ana Cesana

Caballo español

A Brujo, el caballo de Cari

¿Recuerdas, Brujo, las praderas de Tartessos?
¿Recuerdas el vergel, la marisma
y los humedales campos?
¿Recuerdas las cabalgadas al alba?

Porque somos las médulas
yo te canto, caballito,
por ti rememoro los viejos ritos
y las danzas antiquísimas.
Porque somos los divinos corceles
de los piélagos Mediterráneos
yo canto contigo.
Porque de Andalucía somos raza milenaria
una historia nunca escrita
honda y sumida
en las salobres aguas marismeñas
donde dulce y salado maridaron.

De ese amor y de ese mar descendemos,
somos magos, somos brujos
yo lo sé y tú lo sabes, Brujo mío,
que de la danza del oro y del cobre
los antiguos nos forjaron.
A ti te dieron corazón y brío
amazona de lujo te regalaron,
a mí me dieron la pequeña voz
para cantar este verso nacido
de vuestro amor inmaculado.

Recuerda, Brujo mío, el galope libertario
por la bocana del río,
el mar inmenso de plata
lamiéndote el vientre bruno
y Cari sin fusta ni brida alguna
asida a tu cuello alegre.
Toda la Mediterránea envidió vuestro galope
y reyes y faraones celebraron vuestro nombre:
el nombre de los caballos españoles.

Cari y Brujo, San Anton 1995

Mercedes Rodríguez Gª-Olías

POESÍA DE *RESISTENCIA*: UNA POÉTICA TRÁGICA Y EXISTENCIALISTA (NOTAS SOBRE FRANCISCO ALONSO RUIZ)

¡Mi yo, que me arrebatan mi yo!
Michelet

LITERATURA DE RESISTENCIA: DE LA TRINCHERA AL CAMPO DE BATALLA

Hoy nos ocupa la poesía de Francisco Alonso Ruiz, o más concretamente, una cuestión que pretenderá definir la Razón poética del alicantino. Nuestra intención es realizar una lectura de un cuerpo poético muy reducido para demostrar así la ambivalencia trágica y existencialista que como mecanismo de resistencia la poesía de Francisco Alonso ha adquirido en su madurez.

Para exponer nuestra hipótesis nos valdremos -además de poemas dispersos- de los poemarios *Testimonio de Tiempo (Poemas)*[1] y *Soledad de alma*[2], centrando nuestro estudio en los seis poemas incluidos en la antología *Con diversos acentos*[3]. Este microcosmos poético estará compuesto por los poemas "La ciudad", "La fábrica", "Hay que dejarse caer en la sombra", "El dinosaurio", "Investigación sobre la vida" y "El libro".

Para descender a nuestro discurso, cuatro van a ser los conceptos en torno a los cuales van a girar nuestras argumentaciones: realidad, tragedia, existencia y palabra. Indistintamente, los pensamientos filosóficos de María Zambrano, así como los argumentos de Heidegger, Kierkegaard, Jaspers o Sartre nos servirán de base teórica. Todo ello configura un discurso poético que emparenta a Francisco Alonso con la vertiente existencialista española que surge en los años cuarenta (Rubio, 1972; Paulino 1998; Fortuño, 2008) y el sesgo tremendista que en algunos casos define[4].

Pero antes, partamos de unos preceptos generales que irremediablemente afectarán a nuestro poeta. Por una parte, entender a Francisco Alonso, entender su poesía, entender la poesía de hoy -hecha hoy, para hoy y desde hoy- es aprehender la crisis que el «objeto-poesía» recorre como una epidemia el siglo XX. Es decir, recoger la herencia del positivismo del siglo XIX y poner ante nuestros propios ojos los interrogantes del Veintisiete con respecto a una crisis en la praxis y teoría del género (Rodríguez, 2001): "¿qué o para quién escribir, qué es la poesía hoy, en el *orden nuevo* en esta miseria cotidiana?" (Rodríguez, 2001, 267)

Un *orden nuevo* que desde el siglo XIX ha devenido en una estética de la posmodernidad –el fin de la historia, el fin de la ideologías– que desde la ligazón inexorable de historia y literatura persigue la aideología. Por tanto, si venimos entendiendo en estas líneas la literatura como parte de la producción ideológica, asimilemos la poética de Alonso como un abordaje hacia la primera fila de la vanguardia combativa: irrumpir de las trincheras para enfrentarse cuerpo a cuerpo a su propia existencia. Acudir a pecho descubierto en el despertar de la conciencia hacia *ser* la palabra, *ser* en la existencia y desde la existencia mediante una praxis próxima a la propuesta de Marx y Engels. La literatura e ideología literaria, entonces, como **espacio** de combate: *arma* y *lugar histórico* donde se ha fundamentado la lucha de clases (Fortes, 2004).

En consecuencia, la poesía de Francisco Alonso representa el hallazgo de un recorrido donde conciencia, ser y plenitud vivida se analizan fatalmente ligadas. Esta posesión de la existencia y su extrapolación, desde este origen al mundo objetual, supondrán un fracaso en el descubrimiento trágico de la vida que lejos del desánimo, ambicionará un **vitalismo de resistencia** que otorga a la poética de Alonso una personalidad indiscutible. Es el paso al campo de batalla, donde el poeta mancha sus botas y uniforme abandonando la trinchera de este *orden nuevo* que nos impone la miseria cotidiana a través de la historia, a través de la literatura.

---

[1] Francisco Alonso Ruiz, *Testimonio de Tiempo [Poemas]* (1982), Alicante, Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial

[2] Francisco Alonso Ruiz (2001), *Soledad de alma*, Elche, Colección Lunara

[3] Francisco Alonso Ruiz (2010), "La fábrica"… "El libro", en *Con diversos acentos*, Alicante, AUCA/ Ayuntamiento de Alicante, pp. 19-31

[4] Para el tremendismo surgido en los años cuarenta consultar Antonio de Zubiaurre (1947), "Tremendismo y acción", *Alférez*, año I, nº 2, p. 2 y Enrique Casamayor (1949), "Tremendismo poético", *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº9, pp. 745-753

EXÉGESIS DEL SER: SUBJETIVIDAD, CONCIENCIA Y DRAMA

Todo nuestro discurso, así como la poética de Alonso, gira en torno a la realidad: a grandes rasgos y con mayúsculas. Que no nos cause temor comenzar por tal entelequia. Definamos, entonces, la realidad según el *acento* que aporta Kierkegaard a la hora de referirnos a existencia (Jaspers, 1980). La existencia, ¿será aquella realidad que a través de los discursos ideológicos (aquello que llamamos literatura, entonces) pretende ser legitimada? ¿o la realidad que está por construir? ¿o aquella que fue derribada? En nuestro caso, Francisco Alonso, la realidad *es* en cuanto que parte de la subjetividad. Corresponde nuevamente a Kierkegaard identificar verdad y existencia como percepción imprescindible del sujeto.

Construir nuestra poética desde la subjetividad nos dirigirá a una dialéctica de resistencia que en el campo de batalla enfrentará conciencia frente *sumergimiento*. Ubicándonos, como veremos más adelante, de un lado u otro en el tablero de la realidad, de la existencia entonces. ¿Cuándo y bajo qué paradigma se inicia la *poesía de resistencia* alonsiana?

Cabe remontarnos al poemario *Testimonio de Tiempo*. El significado de estas composiciones publicadas en 1982 son despertar, búsqueda y fracaso. Valga decir, como indica Vicente Mojica en el prólogo, que bajo una expresión "sencilla, profunda y humana" Alonso nos deja constancia del verdadero drama de la vida: el despertar de la tragedia[5].

Pero, ¿qué es aquello que despierta en Francisco Alonso? Su conciencia como existencia misma, la conciencia del en-sí entonces. El eje de la subjetividad vertebra en la poesía alonsiana el sistema de la Nada existencialista con el fin de un contacto con la realidad real. Para acceder a este sistema se nos presentan la moral o la conciencia, es decir Nietzsche frente a Sartre como determinaciones prácticas de búsqueda (Nieto, 1999). Alonso emplea para tal despliegue diversos temas, donde prevalecen la muerte, Dios y la familia.

Ante el gran interrogante que se le presenta al poeta, el *dasein* heideggeriano, Alonso acude a la palabra para desmantelar la realidad, aquello que María Zambrano determina como *arcano* o *sagrado*. Continuando con Zambrano, hablamos de la búsqueda de lo humano, escindiendo así, la realidad en la que nos encontramos *sumergidos*, ya sea social, cultural o natural (Galindo, 2004).

Podemos concluir que *Testimonio de Tiempo* es un acto de toma de conciencia mediante un camino orientado hacia la subjetividad. Alonso se percibe a sí mismo como una conciencia *sumergida* y pretende desentrañar la realidad que le habita mediante las percepciones más cercanas. El espacio donde emerger, donde producirse la toma de conciencia, será principalmente Dios como simbolización y la familia como referente. Podemos rescatar dos versos del poema "El pueblo" que demuestran esta reflexión como una estancia contenida de tiempo: "parado el tiempo se quedó y lejano"; "como la vida que quedó clavada" (Alonso, 1982, 22). Francisco Alonso accede a la orilla del presente a través de la conciencia, partir de la Nada queriéndose hacer presente a través del despertar. El poeta se está afirmando a sí mismo como ser, aquí el inicio del paralelismo con la poesía existencialista de los años cuarenta:

> "Bajo la inmensa noche soy un inmenso Sí.
> Soy un inmenso Sí que confirma su vida,
> un Sí que palpita o afirmación rotunda
> de que soy, de que existo y moro sobre la tierra" (Hidalgo, "Así me iré afirmando", 1950 ,3)

Desde esta coyuntura se origina la extrapolación de la conciencia alonsiana hacia las otras existencias, hacia otros entes fundamentados en el vínculo afectivo, ya sea el padre por ejemplo. La conciencia, aquí, es una llamada:

> "Siento a mi Dios oculto que me llama
> a través de la noche o el vacío.
> Oigo su voz en el rumor del río
> o en el rumor del viento por la rama" (Alonso, "Mi Dios", 1982, 29)

¿Qué rasgos hallamos en la llamada hacia la existencia real? Primeramente la encontramos desde la Nada (*a través de la noche o el vacío*) como subjetividad (*voz* y *rumor*) de aquello que mediante nuestra conciencia

[5] ¿Queremos decir con esto que Francisco Alonso escribe una poesía trágica? Más correcto sería decir que Alonso inscribe su *palabra* en los límites de la Nada y el Ser. De alguna manera, Francisco Alonso recoge los dos descubrimientos fundamentales en Antonio Machado y la crisis del hombre moderno: el miedo de ser arrojado al mundo - aquello, que como veremos en adelante, Heidegger determina en la caída - y la Nada (Cano, 1994). De aquí que maticemos una poesía trágica en Alonso, más preciso sería decir una poesía tremendista según los parámetros vistos a partir de los años cuarenta

percibe existencia. Tanto el resto de entes (*río*) como de objetos (*rama*) existen por nuestra conciencia, y es en la *mundanidad del mundo* donde Heidegger cifra este entorno reflexivo.

Testimonio de Tiempo es, en suma, un poemario para el despertar, búsqueda y fracaso. Desde la estructura en cuatro tiempos ya se percibe un desenlace sucesorio hacia la soledad y la muerte: de ahí el sentido de comenzar por la primavera para concluir en el invierno. La conciencia convertida en presente, el ser hecho tiempo, hecho presente, desciende a la vida como una comprensión zambraniana de *drama* entre el sujeto y las circunstancias heterogéneas a él:

"Llueve sobre la ciudad.
El agua al romperse, tiembla
sobre las aceras frías
y llora un llanto de piedra" (Alonso, "Lluvia", 1982, 42)

"La tarde se ha vestido de palidez enferma.
Ando por las ciudades con el alma más triste
deseando olvidarme de todo lo que existe
o que llegue la noche y en la noche se duerma" (Alonso, "Melancolia", 1982, 43)

La tragedia, el *drama*, reside en la soledad del hombre frente a su existencia como un laberinto únicamente accesible mediante la Razón. Un despertar *donde hay un largo cansancio por mi carne*, escribe el poeta, y la pluma se mantiene en armas aunque la resistencia se sienta derrotada

"He perdido, Señor, esta batalla
porque Tu omnipotencia me ha vencido" (Alonso, "Oración antes de mi muerte", 1982, 77)

MUNDO OBJETUAL Y PLENITUD VIVIDA: HACIA UNA VITALIDAD VOLUNTARISTA

…y la muerte del mundo cae sobre mi vida
Pablo Neruda

La aceptación del ser que expone Francisco Alonso supone una ruptura en los márgenes de la resistencia y la posesión. Al modo de la problemática de la poesía contemporánea donde el *viaje* teje un entramado de subjetividad (García Montero, 2002), Alonso alcanza en *Soledad de alma* una constante reflexiva. He ahí parte de su opción de resistencia: vencer al desaliento con que cierra el poemario anterior.

Alonso construye un espacio de introspección donde, desde el comienzo, anuncia las posibilidades de revelación del *ser de lo abarcador* de Jaspers:

"Abres la puerta y se mira el mar.
Cierras la puerta y queda dentro el ruido
de las olas, el furioso oleaje
que viene de muy lejos, y que acaba
aquí, en la isla de tu cuerpo. Todo
tú eres isla, eres la tierra
a la que llega el mar: el odio, el llanto,
la soledad, la muerte.

Todo yo isla. Cara a cara el mundo
me mira y nos miramos. Me golpea
una hoja de sal en cada arista
del cuerpo-isla que soy.
Ya viene un llanto
de sol, tiembla en mis manos y en mis dedos
con rubíes de cristal y algas de aire" (Alonso, "Imagen del mar", 2001, 13)

Soledad de alma repite la tirada de dados que, como búsqueda del yo, es la poesía. Trascender más allá de la existencia, de la conciencia y por la conciencia hacia el *existenciario* que resulta el mundo. La conciencia, como cuerpo-isla, ha emergido y el poeta se propone abarcar los entes *otros* que existen por él mismo: un juego de espejos donde el mar adquiere singular importancia.

La configuración temática del poemario nos da buena idea del ámbito reflexivo en el que Francisco Alonso se halla. La conciencia-Dios ha sido superada y adquirida, la *palabra* **revela** ahora la *mundanidad del mundo* y su espesura oculta. Para ello, la muerte -única experiencia vital como destructora y desintegradora (Zambrano, 1988)- será un vehículo de búsqueda:

"Y no importa ni siquiera que ahora
una mujer se haya ido
por el pozo oscuro de la niebla
o de la luz, hacia un lugar distinto,
o hacia ninguna parte,
y que su adiós y su silencio, ahora,
me perturben. No importa
su cara ni su nombre,
si queremos prescindir de la anécdota:
que era mi madre
y que yo soy su hijo.

Porque es la sombra, el peso,
la condena última o el pecado terrible
que se pronuncia en nuestra alma,
como un recuerdo vivo,
como una memoria que no muere,
de tantos que se fueron,
que se nos fueron antes,
por el pozo claro de la Muerte,
donde no llega nuestra llamada,
ni dialoga nuestro llanto
con las malignas sombras.
(…)
Que son interrogantes y preguntas
arrojadas contra un mundo
o contra un dios ausente" (Alonso, "Hablamos de la muerte", 2001, 21-22)

Desde este punto arranca una lección imprescindible en el recorrido de la poesía alonsiana hacia la madurez. La construcción de un discurso sobre la muerte acercará el poeta a la plenitud vivida y a ser del otro lado, como ya empieza a intuirse en el poemario. En este orden de cosas, es significativo el poema que cierra el libro, "A mí mismo". Sin duda, una composición elaborada a su propio yo donde pone de manifiesto una vitalidad condicionada a proseguir en su evolución hacia el *ser*:

"Si tú eres el poeta que yo fui y que no ha muerto,
di que se fue la noche, que está el mundo despierto,
y nos está esperando, a ti y a mí, la vida" (Alonso, "A mí mismo", 2001, 63)

Alonso deja concluida la labor indagadora alrededor de su conciencia, el poeta se siente preparado, para en el *mundo despierto*, ocuparse de los entes que le circundan y están sometidos a su propia existencia. Todo este recorrido de la poesía alonsiana que comienza por la aceptación del fracaso y de la vida como tragedia está sostenido por un vitalismo que podríamos definir como voluntarista[6]. Tal resistencia adquiere una nueva inflexión en un poema disperso ubicado en plena transición hacia la madurez. Se trata del poema "Cosas"[7]:

"y todas esas cosas, y muchas más, creciendo
de pronto, y exaltadas y salvadas y hermosas,
y yo, que las contemplo y las miro y las toco
como si fueran mías, dichosamente nuevas" (Alonso, 2008, 11)

Emergida su conciencia, Alonso acude a la relación establecida entre las cosas y su conciencia: "¡a las cosas mismas!", que reza la máxima fenomenológica

"Tengo todas las cosas: cada día en mis vértebras,
cada hora o momento o segundo en mis lágrimas,
cada sí o cada no, cada estremecimiento,
en mis profundas células, en mis últimos poros" (Alonso, 2008, 11)

[6] Conviene especificar las peculiaridades del término puesto que presenta un gran abanico de ambivalencias. Nos referimos al carácter práctico con que Alonso dota su resistencia. Una suerte de relación a través de su conciencia hacia las cosas que son por la existencia, precisamente, del sujeto mismo

[7] Francisco Alonso Ruiz (2008), "Cosas", Alicante, *Auca*, nº 13, pp. 10-11

El poeta, mediante la vitalidad voluntarista y el despertar de la conciencia, accede a su mundo objetual. Donde, dice el poeta, *lo junto a todo aquello que desde lejos amo, y todo se convierte en plenitud vivida*.

POESÍA DE RESISTENCIA, POESÍA DE REVELACIÓN: *SER* DESDE EL OTRO LADO

Concluido este recorrido hacia la plenitud vivida, Francisco Alonso está en disposición de desarrollar una poética existencialista y trágica. Es decir, mediante la *palabra* ha conseguido comprenderse a sí mismo en la existencia, precisamente la tarea que Kierkegaard deposita en el pensador subjetivo. Para ejemplificar la praxis de esta vitalidad voluntarista descendamos a los seis textos que componen nuestro microcosmos poético.

Dos poemas nos van a ocupar primeramente: "La ciudad" y "La fábrica". Ambos son buena muestra de la poética que venimos desarrollando en Francisco Alonso. La representación urbana rebosante de existencia en la metrópoli -ese *todo está lleno de existencia* que padece el sartreano Antoine Roquentin- fundamenta su discurso: *La ciudad está rota de semáforos, de calles olvidadas, de balcones sin cielo, ojos de niño en las puertas del hambre, bocas harapientas y desnutridas, brazos sin trabajo* (Alonso, "La ciudad", 2010, 21). La conciencia alonsiana ha derivado hacia aquello que Hegel determina como identificación dialéctica entre realidad y conciencia. Alonso expone una *conciencia infeliz* donde Marx resuelve el alma alienada con el carácter trágico de una conciencia de clase (Nieto, 1999).

En esta poesía de madurez, encontramos un segundo bloque de nuestro microcosmos poético orientado hacia la muerte ("El dinosaurio" y "El libro"). Parece evidente que la exposición temática ha variado, si en *Testimonio de Tiempo* y *Soledad de alma* la muerte era un espacio reflexivo más hacia el florecimiento y posesión de la conciencia, ahora nos encontramos cerca de un nihilismo propio del ser-para-la-muerte de Heidegger[8].

Francisco Alonso ha conseguido, mediante la exégesis del ser y la búsqueda desde la subjetividad, ubicarse desde el otro lado. ¿Qué representa en Alonso *ser del otro lado*? Supone la confirmación práctica de una ética propuesta en esta investigación: *la posesión del ser sin exigencias* en términos gilalbertianos. Afrontar la creación poética desde una amplitud ética que permite tratar la dimensión trágica y existencial de la vida en la poesía, de la poesía en la vida.

Ética como deber manifestado por Alonso en "Investigación sobre la vida" y "Hay que dejarse caer en la sombra". Kierkegaard y el deber del pensador subjetivo nuevamente:

> "Y en la sombra y en el frío y en la noche que existe
> tu deber y tu oficio es desentrañar
> toda la arquitectura
> del tiempo y de la sangre y de las lágrimas" (Alonso, "Hay que dejarse caer en la sombra", 2010, 25)

¿Cómo puede acceder un poeta a la resolución del enigma del ser y la Nada? Evidentemente, mediante la palabra. Así, la poesía de resistencia se torna poesía de revelación. Siguiendo la definición de Arturo Serrano Plaja, Alonso acude a la palabra mística como revelación para una vez advertida la realidad pasar a la palabra ascética, la acción moral entonces.

El poeta, arrojado todavía a la existencia, ha determinado un *viaje* (en este conjunto poético analizado) -no como recurso temático tal y como los poetas malditos (García Montero, 2002), pero sí como procedimiento de ***poyesis***- donde la conciencia es origen y término. Es decir, una subjetividad *total* alcanzada en la plenitud mediante la praxis vital. En términos teóricos, supone añadir a la concepción de conciencia, hasta ahora limitada por el existencialismo y la fenomenología heideggeriana, la postura práctica de Marx y Engels. La conciencia como producto social que no sostenga su dominación sobre la vida, *sino la vida quien determina la conciencia*.

Y aquí hallamos una relación directa entre función poética y ***viaje poyético***. Un viaje simbólico, hemos dicho, a través de las cuestiones más inherentes a la propia existencia y que ubican la reanudación reflexiva alonsiana. Como dice Kierkegaard, no se trata de saber en qué consiste la verdad, sino *ser* la verdad. Ser del otro lado con el fusil en la mano y el cuchillo entre los dientes junto a los compañeros de vida vencidos por la inconsciencia. *Ser la raíz de castaño*, como nos enseñó Sartre en *La náusea*, aunque en el campo de batalla la derrota nos habite.

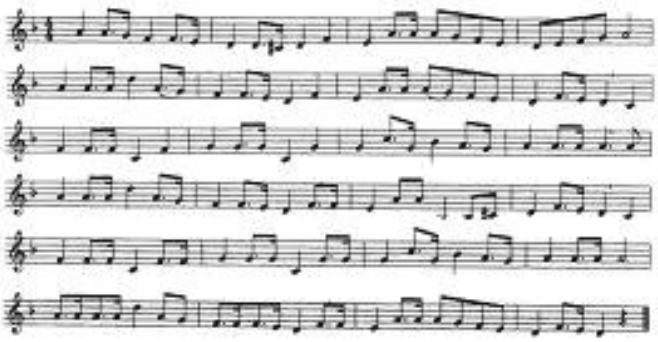
Manuel Valero Gómez

[8] "La muerte posibilita las posibilidades, las hace aparecer verdaderamente como tales y así las pone en posesión del *Dasein*, que no se aferra a ninguna de ellas de manera definitiva, sino que las inserta en el contexto siempre abierto del proyecto propio de la existencia" (Vattimo, 1995, 50)

BIBLIOGRAFÍA

Alonso Ruiz Francisco, *Testimonio de Tiempo [Poemas]* (1982), Alicante, Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial
--- (2001), *Soledad de alma*, Elche, Colección Lunara
--- (2008), "Cosas", Alicante, *Auca*, nº 13, pp. 10-11
--- (2010), "La fábrica"… "El libro", en *Con diversos acentos*, Alicante, Auca/ Ayuntamiento de Alicante, pp. 19-31
Arias Muñoz J. A., *Jean Paul Sartre y la dialéctica de la cosificación*, Madrid, Cincel, 1987
Cano Ballesta Juan (1994), *Las estrategias de la imaginación. Utopías literarias y retórica bajo el franquismo*, Madrid, Siglo Veintiuno
Cruz San Juan de la (1942), *Cantico*, selección y prologo de Arturo Serrano Plaja, Buenos Aires, Schapire
Fortes José Antonio (2004), "Crítica marxista a la ideología literaria [entrevista]", *Escritos intempestivos. Contra el pensamiento literario establecido*, Granada, I&CILe, pp. 17-36
Fortuño Llorens Santiago (2008), *Poesía de la primera generación de posguerra*, Madrid, Cátedra
Galindo Cabedo Ana (2004), "La injusticia de ser y su inocencia: ¿tragedia, novela o ética?", en VV.AA. *Actas del III Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano: María Zambrano y la «Edad de Plata» de la cultura española*, Vélez-Málaga, Fundación María Zambrano, pp. 138-145
García Montero Luis (2002), *Poesía, cuartel de invierno*, Barcelona, Seix Barral
Gómez Reinoso Esther (2004), "Hacia una filosofía de lo trágico", pp. 181-187 en VV.AA. *Actas del III Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano: María Zambrano y la «Edad de Plata» de la cultura española*, Vélez-Málaga, Fundación María Zambrano, pp. 138-145
Heidegger Martin (1951), *El ser y el tiempo*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica
Hidalgo José Luis (1950), *José Luis Hidalgo (Antología)*, selección y prólogo Leopoldo Rodríguez Alcalde, Santander, La librería Moderna
Jaspers (1980), *Filosofía de la existencia*, Buenos Aires, Aguilar
Mainer José Carlos (1989), "Los años inciertos: letras europeas de 1950", La Corona hecha trizas (1930-1960), Barcelona, PPU, pp. 239-280
Nieto Cánovas Cecilio (1999), *Sartre (1905-1980)*, Madrid, Ediciones del Orto
Paulino Ayuso José (1998), *Antología de la poesía española del siglo XX (1940-1980)*, Madrid, Cátedra
Rodríguez Juan Carlos (2001), "El mito de la poesía de vanguardia: el 27. Poesía de la miseria, miseria de la poesía", *La Norma literaria*, Madrid, Debate, pp. 241-280
Rubio Fanny (1972), *Del esteticismo al realismo en la poesía española de 1939 a 1944*, Memoria de licenciatura bajo la dirección del Dr. Emilio Orozco Díaz, Granada, Universidad de Granada
Sartre Jean-Paul (1985), *Escritos sobre literatura*, Madrid, Alianza
--- (2008), *La náusea*, Buenos Aires, Losada
Torre Guillermo de (1968), "El existencialismo como literatura", *Ultraísmo, existencialismo y objetivismo en literatura*, Madrid, Guadarrama, pp. 151-156
Vattimo Gianni (1995), *Introducción a Heidegger*, Barcelona, Gedisa
Zambrano María (1988), "La destrucción de las formas", *La agonía de Europa*, Madrid, Mondadori, pp. 67-80

A LAS BARRICADAS



Canto y Alba

I

EL ALBA DE NERUDA

Con la oda, nació el alba
en el vértice de la pirámide;
un perpetuo brillante
de la pasión rauda.

Amor... en la más fina pluma:
aquella del tango...

Oda de la mirada:
aquella mujer lejana.

El gato augura..., hoja bruma
en la madrugada.

Oda...,
incandescente figura curva
en sones
de canción desesperada.

II

LA MIRADA DE LORCA

Al ver la estancia cerca del brillo:
tu tersa y curtida faz.
Qué perfil de viento, de fuerza
creadora en tu estancia ancestral.
Joven lucero
que expande brillo cercano,
un jondo lucero cercano de los siglos.

Ana Martínez López

¿Dónde guardan, mi Dios bueno, la tristeza
el resto de los mortales?
Bien estoy segura
que aún batiéndome en duelo con ella
desde el púlpito,
cenagosa y en cortafuego
sus indicadores desguazados
vienen a dormir a la ponzoña del acíbar
de mi alma seca.

Tiene a bien
reclinarse sobre una flecha de la miseria
en el erial entramado
de mirada pétrea
sobre el que construyo mis días
en lo más profundo
y sin hálito
de mis arenas movedizas.

Inma Méndez/Alféizar

Versos para NIKÉ

XVIII

Eres urogallo crestado vagando
en carrascales verdes serpentarios,
ave tímida que extenúa su canto
y renace en el encanto del Norte.

Eres a veces golondrina nerviosa,
ciudadana de plazuela y rotonda;
¡Prepara tu nido en tejadillos,
aleros de canecillo labrado
y canalones grises,
impulsa tu vuelo delicioso
de ventana en ventana!
Nuestra risa será azul, alegre
aunque liviana y pasajera
como tu paso fugaz por el alféizar.

XIX

Es que el amor aflora por la piel
refresca las siluetas
doloridas, desesperadas
acrecienta la luz y la belleza,
te golpea breve, escuetamente
primigenio y puro.
Y luego busca una razón
-razón incierta o vana-
para habitar el pecho
completarte y fundirte con él:
ese algo esquivo e inefable.

Guíame NIKÉ
encauza mis dedos temblorosos
hacia tu rostro grave
pues un rayo de amor
me traerá tu imagen gallarda
y victoriosa.

Mercedes Rodríguez García-Olías

LOS NIÑOS EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

Con este texto quiero hacer una aproximación a un tema que sólo de vez en cuando lo analizan los críticos y el resto del tiempo suele pasar desapercibido. Es como si se dijeran nuestros académicos: "Eso es cosa de mocosos. Los niños no pueden ser más que eso: sólo niños que se ponen enfermos, tienen calentura o hacen novillos. Cosas poco serias". Desde mi experiencia profesional y vital- no en balde llevo vividos muchos años- quiero dejar unas palabras sobre el tema para que sirvan de reflexión ahora que el niño puede convertirse en un tirano o en mercancía que se compra o se vende a bajo precio: Hoy en nuestro mundo perfecto –aunque estamos en esa terrible **Hora Veinticinco,** la novela que fue tan famosa- contamos con niños soldados, niños esclavos, niños que han sufrido abusos. Y todo esto ocurre con la aquiescencia de las naciones más desarrolladas, que discuten el tema, redactan un manifiesto y pasan al siguiente punto del orden del día.

En uno de los primeros y más antiguos textos castellanos aparece el caso del niño leproso (gafo) que recupera la salud al bañarse en la misma agua en que la Virgen María había lavado a Jesús. Sucede en la obra **El libro de los tres Reyes de Oriente** y muestra una realidad cotidiana que por desgracia aún no ha desaparecido. Poco se habla de las leproserías, pero las hay, aunque afortunadamente las condiciones en que se atiende a los enfermos sean mucho más científicas y el trato mucho más humanizado.

Otro caso interesante, que presenta **Gonzalo de Berceo**, es el del niño judío que quería hacer la primera comunión, al igual que los niños cristianos de su misma edad. Aquellos versos de la cuaderna vía nos cuentan que al llegar a su casa y decir que había recibido el cuerpo de Cristo, su padre, judío, lo arrojó al horno para que se quemara vivo. La Virgen lo protegió y el pueblo, lleno de cólera, acabó con la vida del padre, que murió abrasado. Fueron tiempos malos, en los que se rompió la convivencia judeocristiana, algo que solía suceder cuando había una desgracia que afectaba a toda la comunidad (sequías, inundaciones, heladas, etc.) y se ponía la responsabilidad en el que fue llamado "pueblo deicida". Así siguió calificando la Iglesia Católica al pueblo judío hasta el Concilio Vaticano II, a mediados del siglo XX. Y no digamos nada del genocidio del III Reich: 7000.000 de gaseados son muchos millones que todavía golpean nuestra conciencia de hombres honrados.

Merece especial atención el caso de **Lázaro de Tormes**, al que su madre, sin reparos de ninguna clase y con la mayor crudeza le dice al entregarlo al ciego: "Hijo, ya sé que no te veré más. Criado te he y con buen amo te he puesto. Válete por ti." Ante estas palabras tan faltas de cariño, Lázaro despierta de la "inocencia en que como niño dormido estaba", para empezar a ganarse la vida por sí mismo. Lo que hoy sería un delito de abandono era entonces algo bastante frecuente, pues se trataba de contar con una boca menos a la hora de buscar alimento. ¿Volvió a ver a su madre el pobre Lázaro? Pues parece que no y así de mal le fue: consiguió elevarse a la categoría de cornudo consentido para mantenerse con la protección de un arcipreste. Sus calamidades no llegaron de repente: Ya antes recibió un claro aviso de la hipocresía de la sociedad y de la corrupción del clero cuando servía al fraile de la Merced, poco amigo del convento y poco generoso con su criado. Lázaro lo abandona porque no comía con él "y por otras cosillas que no digo". No hay que ser un lince para comprender que al tal fraile le daba lo mismo la carne que el pescado, por lo que la integridad sexual de su criado corría un grave peligro. A Lázaro no le gustaron sus acosos y ése fue el motivo por el que lo abandonó. Su triste final es de todos conocido: Se ha arrimado a los buenos, que le piden silencio si su mujer se demora en casa de su amo, el arcipreste, para mantener así su *honroso* puesto de pregonero de vinos en Toledo.

Como sabemos no fue éste el único caso en que a Lázaro no le sonrió la Fortuna. Por otra parte, se debe recordar que estamos en el siglo XVI, en momentos en los que cabe la crítica a las clases sociales más elevadas y por supuesto también al conjunto del clero, que andaba bastante corrompido. No

obstante, si el libro apareció en Amberes, aquí sólo se permitió la circulación de un llamado "*Lazarillo castigado"*, pero nada más. En seguida, con Felipe II, llegaron las prohibiciones y la circulación de la historia de este niño tan castigado desde un principio no podía tolerarse. La novela quedó incluida en el Índice de libros prohibidos y su autor buscó deliberadamente el anonimato, sin duda para salvar su vida y su pellejo.

De **Miguel de Cervantes** quiero recordar sólo dos casos: **Rincón y Cortado,** en la novela **Rinconete y Cortadillo** y el del pastor apaleado por su amo, **Juan Haldudo el Rico**, vecino de Quintanar. Rinconete y Cortadillo se encuentran en una venta, llamada del Molinillo, y desde ese momento se hacen socios y comparten fechorías y hurtos, viviendo siempre al margen de la ley, hasta encontrar la protección del *Señor Monipodio*, gerente de toda el hampa sevillana. Son niños que no saben ni leer ni escribir, pero saben respetar el orden jerárquico establecido entre la gente de su clase, dedicada al engaño y al robo, siempre con el debido respeto a los sacristanes o clérigos, así como a los escribanos de los jueces. Aprenden una triste lección: No pueden aprovecharse de nadie si no cuentan con el permiso de su señor Monipodio. El relativismo moral de su comportamiento está bien claro: cuanto apruebe su señor Monipodio puede hacerse y sólo eso. Resulta gracioso que tengan que devolver una bolsa de monedas robada a un alguacil, porque éste era un valioso protector de los cofrades mencionados.

El pastorcillo de los primeros capítulos del Quijote es víctima de la loca bondad del Ingenioso Hidalgo, que cree haber convencido a Juan Haldudo para que pague lo que debe a su criado. Un niño que cuida el rebaño, que apenas percibe un salario y es apaleado por su amo. Reaparecerá en la Segunda Parte, aún dolido y resentido por los palos y latigazos que le propinó su amo tras la bienintencionada intervención de don Quijote. El Caballero de la Triste Figura creyó haber liquidado el pleito aunque no hizo otra cosa sino encolerizar aún más al citado Juan Haldudo. A esto se le llama realismo puro y duro, conocimiento muy directo de la condición humana, que se doblega ante el fuerte, pero es inmisericorde con el débil. Y en éstas estamos todavía.

Es muy simpático el caso de la niña Mencigüela, en el siglo XVI, del paso de Lope de Rueda llamado **Las aceitunas.** Sus padres discuten su precio de venta, apenas han acabado de plantar el olivo, y Mencigüela recibe los palos de su madre y su padre si no acepta vender las olivas al precio que cada uno de ellos le marca. Un vecino pondrá fin a sus pequeñas desgracias con esta sentencia: "Las aceitunas aún no están plantadas y ya las vemos discutidas".

El tema de la infancia reaparece en el teatro del siglo XVIII, por obra y gracia de un ilustrado que tuvo que morir fuera de España: don Leandro Fernández de Moratín. En su obra neoclásica **El sí de las niñas** plantea sin violencias un problema real, problema de época casi resuelto felizmente, aunque después de mucho tiempo. La adolescente Paquita debe casarse con un hombre mayor por conveniencias de su madre que, *lógicamente,* busca el bienestar de su hija y –todo hay que decirlo- el suyo propio. La comedia acaba felizmente por la renuncia del caballero al conocer que la joven está enamorada de su sobrino, y desea contraer matrimonio con el joven militar. Cosas de la vida. Pero lo importante es ese intento de luchar contra una imposición injusta y beneficiosa sólo para la dichosa mamá, que pasa por encima de todo cuanto pudiera desear la jovencísima doña Paquita, para satisfacer así sus necesidades.

Es inolvidable, ya en el siglo XIX, con el realismo puesto en marcha, la pintura de la infancia en un ambiente rural que hace Clarín en su relato **Adiós, Cordera.** Los niños Rosa y Pinín viven tranquilos en el *prao* Somonte y asisten divertidos a la llegada del ferrocarril, que rompe de cuando en cuando la paz de aquellas tierras. Sólo la vaca Cordera, la vieja y sumisa madre, mira con recelo todo el tendido eléctrico y telegráfico que el maquinismo lleva consigo. Pasados los inocentes juegos en el prado, nuestros personajes se hacen algo mayores y cambia su destino: Pinín irá en un vagón de ganado a servir al Rey, un rey lejano al que no conocen, del mismo modo que ignoran las causas de la guerra. Nació Pinín para ser niño y luego hombre, pero tuvo la desgracia de pertenecer a ese ejército de parias que siempre sirven de carne de cañón para cualquier cosa. Era excelente persona don Leopoldo Alas, aunque le gustara presumir de coche en aquellos lejanísimos años. No obstante, su novela **La regenta** fue derechita al Índice de libros prohibidos y sus lectores fueron amenazados con la excomunión.

José María Gabriel y Galán (1875-1905) dio una larga vida a su famoso vaquerillo. Su poema **Mi vaquerillo** nos presenta la realidad más cruda de la época en las tierras y campos de Plasencia y Salamanca: un niño de muy pocos años se ve obligado a pastorear la vacada del señor, alejado de todos y sin más compañía que los propios bóvidos. Cuando el amo conoce la realidad en que vive su criado, le ofrece unas mejores condiciones de trabajo (dejar a los animales sueltos por la noche: "San Antonio bendito las guarda") y subirle también la soldada voluntariamente. El poema era uno de los platos fuertes de cualquier recital poético que se hiciera en los años 1950-1960; luego fue perdiendo terreno, sin duda por los cambios sociales y también los diferentes gustos literarios. Como todos hemos visto, el paternalismo que rebosa el poema es algo tan de época que

afortunadamente no podía durar mucho tiempo. Ya en aquellos años de fines del siglo XIX, los sindicatos, que eran poco más que "cajas de resistencia" más o menos fuertes, reivindicaban justicia y no caridad.

Gabriel Miró se centra en el mundo de la infancia cuando recuerda sus años en el colegio jesuita de Santo Domingo. El internado de Orihuela gozaba de la aureola que siempre ha acompañado a las instituciones de la Compañía de Jesús, aunque el trato que recibían los alumnos se regía por el más estricto cumplimiento de una severa disciplina y apenas había lugar para efusiones emocionales. Basta recordar la trágica figura del niño llamado "**el señor Cuenca"**. El pobrecito llevaba siempre las medias caídas, los cordones de los zapatos sueltos, se dormía en el estudio y también en las celebraciones religiosas. No tuvo ni infancia ni salud. Hasta que un buen día apareció en su cajita de muerto, ocupando el crucero de la capilla de los padres. Sus compañeros le rindieron un último y único homenaje. Y el **señor Cuenca** se quedó por muchos años en la vida de sus compañeros de infortunio.

De tantos temas infantiles como supo desarrollar Federico García Lorca, recordaré solamente uno: el *Romance de la luna, luna*. Su **Romancero gitano** consiguió tal éxito que el autor temió que se le calificara de "poeta gitano". Inmediatamente se demostró lo contrario, pero esos poemas estaban ahí y eran leídos y comentados. El niño del romance se ha quedado eternamente muerto y eternamente redivivo en manos de la luna. Mientras los gitanos, "bronce y sueño", lloraban la muerte del pequeño, el niño iba por el cielo, de la mano de la luna, que inició y desarrolló una danza que era al mismo tiempo erotismo y muerte. De ahí que junto a la interpretación puramente literal (historia de la muerte de un chaval gitano) queda también otra más sutil: la pérdida de la primera inocencia y el descubrimiento de la sexualidad femenina, con sus pechos de plata. Pieza genial, que debería ser conocida por todos, aunque no es la única llena de gran valor en esta obra extraordinaria. Son inolvidables los Romances de Antoñito el Camborio así como el de Soledad Montoya.

Juan Ramón Jiménez, al que muchos lectores simplistas o malintencionados le adjudicaron toda la posible cursilería que pueda haber en ciertos capítulos de *Platero y yo,* y lo dejaron sólo en eso, en un poeta para tomar chocolate con las marquesas y leerles tiernos poemas, tocó también el tema de la infancia. Ellos sabían que mentían, pero esa falsedad no podía durar eternamente: cualquier mentira tiene sus días contados, porque quien quisiera conocer la actividad de Juan Ramón a favor de la libertad dentro de los años de la guerra y después, podía hacerlo si era un adulto. Dejemos esa digresión. ¿Niños en Juan Ramón Jiménez ? Sí, pero ninguno de ellos tiene o ha tenido una infancia feliz. A pesar de todo el bucolismo del pueblo andaluz, nos encontramos con el **Niño tonto** (sentado en su sillita, era "todo para su madre, nada para los demás"; así sentado en su sillita subiría al cielo y estaría viendo pasar a los bienaventurados). **La cojita** (se ha quedado en eso: en una mutilada o en una minusválida) grita desesperadamente: "Esperaaa: voy a cojer la muleta". Pero la primavera no espera y los niños, sus iguales, tampoco lo hacen. También reconoce J.R.J la inclinación hacia las travesuras que viven y reinan en los niños, que se burlan del poeta cuando va por el pueblo pulcramente vestido: "**El loco, el loco**". Con cuánta comprensión se tomó el autor aquellas palabras, cómo supo entender que a los niños les va (o les iba) la broma elemental, el deseo de provocar cándidamente a quien veía en la tarde todo un fenómeno estético.

Conocemos, porque todos hemos leído y sentido con el autor, el poema *El niño yuntero,* **de Miguel Hernández.** Acostumbrados ya a la llamada sociedad posindustrial, algunos pueden creer que la explotación de ese niño, que carece de nombre, se trata de una mera elucubración poética del autor. Miguel Hernández no llegó nunca a los extremos que señala en el romance, pero sí estuvo muy cerca, viviendo en propia carne, todas esas experiencias tan frecuentes en el mundo rural de los años de primeros del siglo XX. El tono épico, grandioso y descarnado a la vez, hacen que sea un poema inolvidable, trágico y su protagonista, un "niño hambriento" que necesita un redentor. Miguel Hernández ha madurado muy pronto en su compromiso social y político, por eso encomienda esa liberación "a los hombres jornaleros / que antes de ser hombres son / y han sido niños yunteros"/.

Camilo José Cela se despacha a gusto, como siempre, en **La colmena**. La primera edición de hacia 1952 tuvo que salir en Argentina, pero sería recuperada para las letras peninsulares, nada menos que por obra y gracia de Don Manuel Fraga, ministro de la cosa. Don Camilo, dentro de aquel corpachón escondía un corazón sensible, que sabía fijarse en las pobres gentes, fueran éstas de la Alcarria, de Villanueva de Arriba o de Madrid capital. Años duros, años de hambre negra y cartillas de racionamiento. Años de prostitución encubierta, estraperlo y cuantas perrerías puede uno imaginarse. Don Camilo se fija en "el gitanillo que canta flamenco", cerca de la plaza de Callao, que ha de pagar antes de tomarse la comida y, entre unos y otros por esas cosas de la vida, se ha quedado cojo para siempre. Vive con algo que se parece a una familia aunque no lo es de veras y profesa una profunda filosofía que va cantando por las calles: /"Esgraciaíto aquel que come /el pan por manita ajena. / Siempre mirando la cara, / si la ponen mala o buena/". A cambio recibe a veces la coz de alguna puta borracha; él responde con cuatro frescas y sigue en lo suyo. El destino se ha cebado con el niño y también con el millón de cadáveres (así decía Dámaso Alonso) que viven en la ciudad de Madrid. Además de un caso de

pedofilia, la novela presenta la compra-venta de una niña por unas dos mil pesetas. Naturalmente, como decían los poetas, "eran malos tiempos para la lírica".

En la obra de Miguel Delibes los niños tienen una presencia tan poderosa y frecuente que el tema podría llenar cientos y cientos de páginas. Haremos una diferenciación sencilla: la infancia en el medio rural y en el mundo urbano. El primero de estos mundos podría estar en **El camino,** con personajes como Daniel "El mochuelo" o como Roque "El moñigo". Son años felices, vividos entre rastrojos, campo, baños en las pozas, caza de serpientes, ranas, etc. Son también años en los que se conoce la pérdida de uno de los amigos y los niños se enfrentan a la muerte. Son años en los que Paco, el Herrero, puede pronunciar aquella frase tan lapidaria, que indica nuestra fragilidad: "Los hombres se hacen; las montañas están hechas". El niño de ciudad podría estar representado por ese "*príncipe destronado",* por ese pequeño benjamín que ha perdido sus privilegios en la casa con la llegada de la hermanita. Su mamá podrá tener algún devaneo con el pediatra, pero se mantendrá fiel a sus deberes de mujer casada. Y nuestro *príncipe* llegará a afirmar que se ha tragado un clavo para que le dediquen de nuevo toda la atención que considera ya perdida para siempre. Un breve apunte: la dignidad de "el Quirce", que rechaza la propina del señorito y la tragedia de la "niña chica", que no tiene más nombre. Son, como sabemos, personajes de la novela **Los santos inocentes. (**Grande la novela y grande la película.)

Acabaremos recordando la incidencia de la guerra civil (1936-1939) en los niños de Juan Goytisolo**: Duelo en el Paraíso**. Por puro mimetismo, en esa colonia veraniega, los niños reproducen cuanto saben que se está viviendo fuera de su refugio. Se dividirán en dos bandos enfrentados, que sin piedad y sin concesiones hacen y se comportan como sus mayores: el chivato merece un buen escarmiento; también el disidente debe ser castigado de manera ejemplar. Y así llegamos al clímax: también algún niño puede ser merecedor de un juicio sumarísimo. ¿Para qué seguir? El final es de todos conocido.

Y un recuerdo, a modo de posdata, a Paco el del Molino, el humanísimo personaje de **Réquiem por un campesino español,** de Ramón J. Sénder. En el momento de su nacimiento las campanas del pueblo decían "No es nena, que es nen…" Sus preguntas de niño inquietan a Mosén Millán, que carece de respuestas para las mismas. El mismo Mosén Millán que se dejó embaucar por cuatro falangistas llenos de crueldad o no supo estar a la altura de las circunstancias. "Por qué, mosén, por qué?" decía Paco antes de que lo fusilaran.

Juan Vicedo

Amantes

El ídolo eterno de Auguste Rodin

En ella ha entrado rectamente él
y comienzan a andar por un camino
que ha de acabar en éxtasis divino,
al fundirse una piel en otra piel.
Cuando el polen se posa en el clavel
el ardor ha llegado a su destino,
así la flor carnal cumple su sino
y el amante la riega con su miel.

Hasta alcanzar la cima de este instante,
vivieron consumidos por la espera,
hecha sed infinita y anhelante;
pero surgió, de pronto, una certera
mirada promisoria y deslumbrante,
y todo ardió en la voraz hoguera.

Manuel Parra Pozuelo

Madrigal en la noche

Por las calles desiertas va mi amor.
La acompaña el cadáver de la luna.
Ella no sabe en realidad cuánto la amo.
Y yo tampoco sé cuánto me quiere.
No sabe que en su cuerpo yo no encuentro
los surcos de la edad, sino las huellas
de todos los que fui y aún quiero ser;
no sabe que la amo como antes,
o quizá más que antes, pues resucito en ella.
En mis dedos perdura el tacto de su piel,
y en mis ojos su rostro de sonrisa doliente.
Mi cuerpo se estremece al recordar
el estremecimiento de su cuerpo.
Tal vez a ella le ocurrirá lo mismo.
Sin embargo, no cree mis palabras
ni yo creo las suyas. Quizá es que ya sabemos
que, aunque nos abracemos una vez y otra vez,
volverá el desamor inesperado,
la tristeza, el vacío y la desolación
en esta noche inmensa en que el amor no cabe.
Algo pasa en el mundo que lo hace inhabitable
para los corazones encendidos
y convierte sus llamas en ceniza.

Antonio Gracia

Indagación

Resquebrajados por el mal los labios
mi rostro buscó en la lejanía
la línea azul divisoria,
un anhelo, un cántico
los pedazos escindidos
de los cielos y la tierra

Los ojos nos engañan, Iseo,
nos traicionan los oídos
febril la frente palpita.
Consuna contigo, Iseo,
exánime igual que tú
ya casi amortecida de duelo
indagamos a lo lejos
entre los brillos del mar.
Al umbroso Norte tú inquieres
yo al Sur pregunto a Prometeo
dónde se halla nuestro amor
dónde la esperanza habita
dónde ha escupido la muerte
nuestra dicha, nuestra furia
nuestro anhelo.

Mercedes Rodríguez Gª-Olías

Lluvia de infancia

Pienso en tardes de lluvia como ésta
que en un tiempo de infancia habré vivido.
La lluvia tiene música de olvido
en la que incluso imaginar nos cuesta.

Una tarde de lluvia que se resta
de la cuenta de tardes que se han ido.
Tiempo que se ha gastado y consumido
y que nada nos dice o nos contesta.

Música del olvido de la vida,
recuerdo algo borroso de la infancia,
agua que cae y cae cansadamente.

La tarde de los niños fenecida,
gastada y malgastada en la distancia
de la oscura nostalgia que se siente.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

LA NOCHE ACECHA

Los rojos encendidos del ocaso dibujan con nitidez las siluetas de cuatro figuras que transitan por el perfil de la loma. Van en fila india: son una mujer, un hombre, un niño y un perro. Se mueven con cautela. Allá, abajo, en el valle, se divisan las luces mortecinas de los caseríos y las volutas oscuras de las chimeneas. Los caminantes se pierden en el interior de la arboleda que rodea el casar. Se detienen en el borde de un muro pétreo que cierra un huerto. Se colocan sobre él y parlamentan. Sus voces son quedas, apenas un susurro en la noche que nace.

–Nai, teño fame. Déixame ir a petar naquela porta que hay alí no camiño. A ver si me dan un codela de pan, con iso servíame e véñome de presa.

–Non, rapaz, non deben vernos. ¡Coitado! Ya comerás. Cuando venga la noche y durman todos vas a entrar por el ventanuco. ¿Non sí, Latino? Pode abrirnos la puerta y entrarnos a apañar lo que haya.

–No, Marígaila. El delito lo cometo yo. Y tú, Fiuncho, *bonae valetudinis quast quaedam Mater est frugalitis,* "la frugalidad es casi madre de la buena salud" así que espera a que lleguen las viandas. Vosotros podéis hollar el huerto. Hay hortalizas y buena fruta. Y tú, Marígaila, no hagas como la otra vez que *manxaste in situ* y por poco la espichamos. *Lucero* se llevará la carga como siempre. Verdad, *Amicus certus canis* -dice esto mientras posa su mano sobre la cabezota del mastín, llamado *Lucero*, que lo mira con adoración.

–Latino, es hora de que Fiuncho se enseñe las artes de roubar. Y tú no sé si caberás por el ventanuco. Estás menos encanijado que cuando nos atopamos.

–Mujer, *beneficium,* eso buscamos. Solo *solitatis,* o sea, *ego ergo sum,* vigila *Lucero,* él nos avisará. Ahora nos echamos al abrigo del muro hasta que llegue la hora. Tapaos con la manta como si fuerais un tojo. Fiuncho, tú cubre la cabeza con este pañuelo negro para ocultar esa cabellera rubicunda y encendida que tienes. Entendido ¿no? Ahora a dormir que la suerte de la abundancia nos espera. *Ergo Sum* –dicho esto se envolvió en una manta oscura con la que semejaba una piedra.

Madre e hijo hicieron lo mismo entre las matas al resguardo de la bruma. Una brisa húmeda y fría subía del río próximo. Las horas transcurrieron. Las luces de los caseríos se fueron apagando poco a poco. Unos mozos pasaron por el camino silbando sin descubrir a los durmientes. *Lucero* vigilaba aplastado contra el suelo como un arbusto más en el silencio del lugar.

–Alerta ¡ya! compañeros. Cada uno a su faena. Mujer, cuida del rapaz. Y *Carpe Diem*, aprovechad el momento. Allá vamos. ¡Suerte!

Se alejaron hacia las casas cercanas. Sus sombras se deslizaron pegadas al suelo. El mastín desde un alto vigilaba. Alerta y silencioso parecía una esfinge. Los humanos, como si sus dedos fueran ojos, se afanaban en sus quehaceres, llenando el saco, que arrastraban, de toda clase de frutas y legumbres. El tiempo discurría con lentitud exasperante. El miedo rondaba como un fantasma alrededor de sus cuerpos, parecía envolver con su halo a los ladrones. De pronto, el mastín lanzó tres gañidos secos. Era el aviso de alarma. Las figuras se juntaron y corrieron monte arriba arrastrando tras de sí los sacos. Se destacaban en el claror de la noche sus siluetas que reptaban por la ladera. Voces y gritos salían de los caseríos. Sonaron unos disparos: "Ladrones, ladrones..."Decían los ecos.

Las sombras pegadas al suelo se perdieron en lo oscuro del monte. Por un momento volvió el silencio. El mastín ayudaba a los cuerpos caídos sujetándolos por las ropas, protegido por los brezos. En el casar se oían carreras y voces.

Airam Lebasi

En la prominencia salvaje

de tus untuosas palabras
de pretérito diccionario perfecto,
has hallado el modo de hincar
el punzón de plata,
no sin previo regocijo tuyo,
doblarlo antes por la ijada.

Y así
como quien juega
¡a un euro por veinticinco céntimos!
has soterrado del aire las sílabas
incrustando en mi boca la metralla.

Así me has grapado
en tu sentencia
diez de mis veinte lúnulas.

Mas no te voy a maldecir.
Porque el odio
odio engendra
y amamanta la ingle de la violencia.

Pero no escudriñes un hálito
o una piedra estentórea
que hable de mí,
porque ahora estoy en el valle de los neonatos
y allí sólo se encadenan letras
que parirán sílabas
y formarán palabras

de alto linaje.

Inma Méndez/Alféizar

No tengo otras palabras

Hijos de puta, no tengo otras palabras,
miré bajo el teclado estupefacto
buscando una razón que os eximiera
una palabra más decorativa
una palabra lírica y perfecta.
Mas sólo dos salieron a mi encuentro
debajo del penúltimo poema:
al fondo de la voz de Federico
estaban vuestras putas balas negras
colmillos desgarrando las poesías
que no podrán nacerse sin su estrella,
y pienso cuántas fueron amputadas
cuántas se pudrieron debajo de la tierra.

No te conozco, no, pero yo te canto Federico,
me falta la poesía de tu madurez exacta
en que rompiendo la fragua te agigantas,
y la luna se arranca los cristales
y deja su vestido colgado de tu puerta.

Me falta el último sendero de tus ojos,
me faltan años de tus manos
de espadas yugulares incendiadas
de ráfagas de sueños que no quedaron muertas.

Me faltas Federico en el alma de las cosas
en el huérfano silencio que ansía ser tu boca,
me faltas hermano de muy lejos, pero yo te canto
encima de tu cuerpo fusilado
trayéndome tu aliento en esta hora.

Perdóname el final de este poema
que no es digno de ti ni de las odas.
Hijos de puta, no tengo otras palabras.

Federico García Lorca

Julia Díaz Climent

De mi huella (3ª parte)

Me estoy quedando sin brillo
y más liso que una espada,
por culpa de este martillo
que pesa una tonelada.

Cuando lo levanto siento
como si una losa fuera,
hecha de grava y cemento
de tan grande como era,

para estos huesos que tengo
todavía sin cuajar,
que sobre ellos me mantengo
con más brechas que un pajar,

en medio de una llanura
soportando tempestades,
que socaban la frescura
de mis tempranas edades.

Edad, que lo más normal
sería estar estudiando,
en una escuela estatal
en vez de estar trabajando,

en esta fragua maldita
y en este yunque de acero,
que en lugar de dar me quita
las carnes de mi trasero

que ya son de poco peso
y encima me estoy quedando,
como un canijo sabueso
sin fuerza alguna y temblando.

Porque me alimento de ajo,
pan con naranja y sardina,
en este duro trabajo
que hay días que me fulmina.

En estas tierras huertanas
de buenos curas y monjas,
campanarios y campanas
y niños que son esponjas,

que se dan cuenta enseguida
de lo que hay en el ambiente
de una patria perseguida
noche y día por la serpiente,

que aprieta con sus anillos
y al mismo tiempo estrangula,
la vida de unos chiquillos
que nunca tuvieron gula.

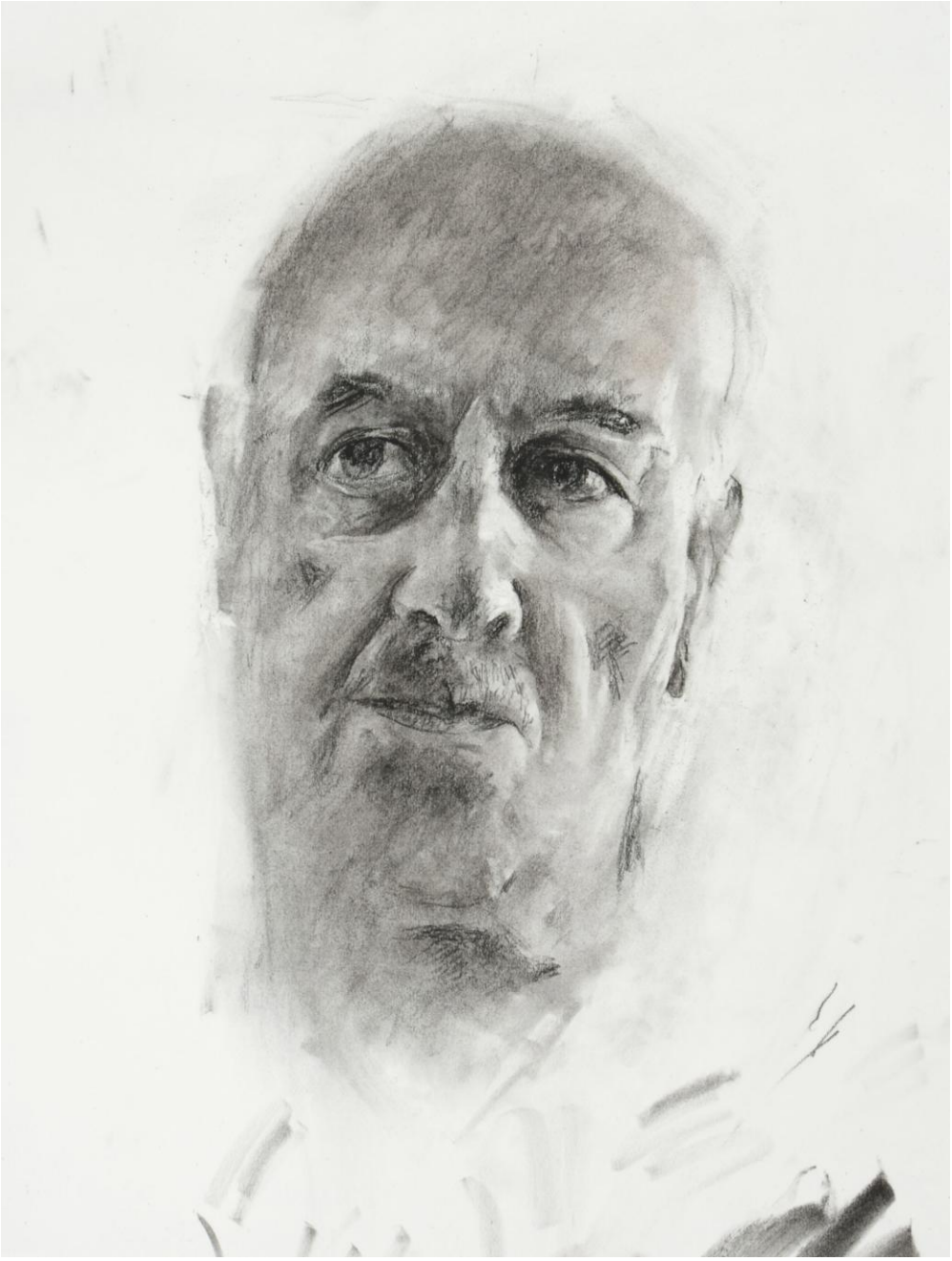
Todo hacia mí llega tarde,
a destiempo yo diría,
mientras contemplo cómo arde
mi vida en una herrería.

Volver quisiera al inicio
como el viento vuelve al heno,
para dejar este oficio
que es nocivo y nada bueno,

para un chiquillo que empieza
a saber lo que es la vida,
en su querida hortaleza,
Orihuela de su vida.

Trinitario Rodríguez

SEGUNDO GARCÍA



Uno por uno

Corintio capitel al que una mujer ama
Como si la igualdad le fuese en ello

Ella se enamoró de un capitel
y un homenaje le rindió Segundo,
a la que consiguió que en este mundo
el voto de ella fuese igual que el de él.
La mirada se fija sobre aquel
arquitrabe complejo y tan rotundo
que nos evoca un interior profundo
mientras el labio anuncia dulce miel.

Entonces desde Grecia nos allega
un aliento y un eros prodigioso
y la eterna belleza reproduce
lo humano que a este arte ya se entrega
al contemplar lo tan igual y hermoso,
y allí es donde Segundo nos conduce.

Manuel Parra Pozuelo

Fragmento ***de La mujer que amó a un capitel corintio****. Homenaje a Clara Campoamor*
(Acrílico y lápiz sobre tablero, 73,5 x162 cms.)

ESPAÑOLES EJERCIENDO DE ESPAÑOLES

"Caballeros católicos de España, galardón del ibérico solar". Así, con este himno, avanzaba la procesión de hombres solos por la nave central del templo, tras las banderas y guiones bordados con motivos piadosos. Los abanderados circundaban el presbiterio y allí se quedaban erguidos durante toda la celebración litúrgica. Siempre era difícil encontrar a caballeros que midieran algo más de 1,70, pero Dios es piadoso hasta con los beatos. Las hijas del Corazón de María tenían sus rezos y cánticos propios, bien diferenciados, marcadamente femeninos. Al fin y al cabo "la mujer es el descanso del guerrero". Y cantaban "Venid y vamos todos con flores a María, que madre nuestra es".

Aquellos caballeros serían muy valerosos, puede ser, y hombres muy devotos también, por eso en la Adoración Nocturna corrían el carajillo y el asiático, porque "no era malo beber mientras se rezaba", según el sabio precepto de los sacristanes. "Hostia pura, hostia santa, hostia inmaculada".

Stalin se moría de cáncer y Europa se beneficiaba del Plan Marshall, pero aquí seguíamos con lo de siempre: las mujeres a un lado y los hombres a otro en las iglesias y lugares públicos, para evitar las malas tentaciones. Los jerarcas y jefes del Movimiento tenían sus sueldos o sus administraciones de lotería, con cuyos ingresos cumplían como hijos fieles de la Iglesia y perfectos amantes de su protegida o querida, que sabían mantenerse en un plano discreto.

Y aunque un poco tarde, se rasgó el velo de tanto fanatismo: nos llegaron las películas sin censura y hubo Hollywood, mucho Hollywood, ante los escandalizados frailes franciscanos o dominicos de la Orden de Predicadores. Y el español se hizo hombre, y la española se hizo mujer. Para convivir y ser libres con nosotros, olvidados los despreciables tabúes y abrazados -ahora sí- al beso de la carne.

Juan Vicedo

Fragmento de ***Españoles ejerciendo*** (Óleo sobre cartón, 75 x 60 cms.)

LAS AMANTES

Una mujer y otra mujer y un beso.
Queda un instante el tiempo detenido.
Que quede en la memoria y no haya olvido
para este erótico y mágico suceso.

A dos mujeres une el embeleso.
Fue así y así pasó y ha sucedido
una ternura, una emoción que ha sido
y que con mi soneto lo confieso.

Un momento de goce y de alegría,
un roce apasionado y delicado
en el más turbador de los instantes.

Fue con las manos de Segundo García
en “Bodegón de amor ilimitado”
hermosa la pasión de las amantes.

Francisco Alonso Ruiz

Bodegón del amor ilimitado (Acrílico y pastel sobre tablero, 110 x 160 cms.)

Canción triste para una Rosa sin espinas

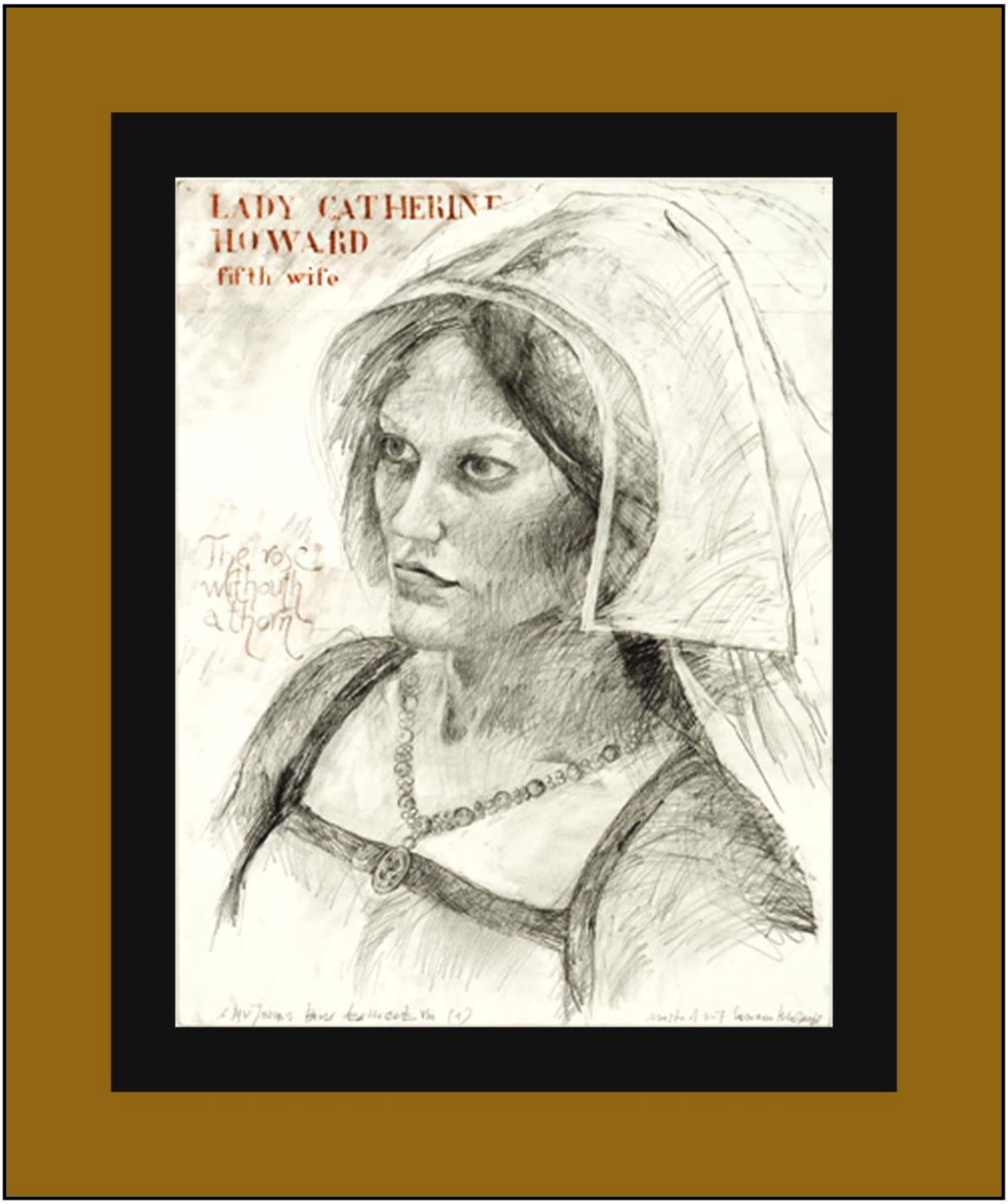
Se escuchan alaridos
por los largos pasillos
de Hampton Court
donde te arrastraron.
¡Inician los cuernos de caza su grotesco aullido!
Henry está rezando
¡cruel! no quiere ver
lo que está pasando
la Rosa sin espinas
de tu rostro claro.

Lamentos terribles se oyen
en la otra orilla del río
donde Cromwell impávido
se frota las manos.
¡Entrad, violas de gamba con inusitado brío!
que la joven no ha cumplido
los veintiún años
y tiempo no ha tenido
para tanto escarnio
para tanto amorío como le imputaron.

Segundo García te retrata ahora
en trazos negros y blancos
la barbilla firme, el pómulo alzado
apretados los labios.
¡Al fondo resuenan los agudos pífanos!
silbo endemoniado que cubre
las voces, el odio, los llantos
tu cuello rodando.

Adiós, Rosa-Catalina
Rosa sin espinas, de tallo cortado.

Mercedes Rodríguez Gª-Olías

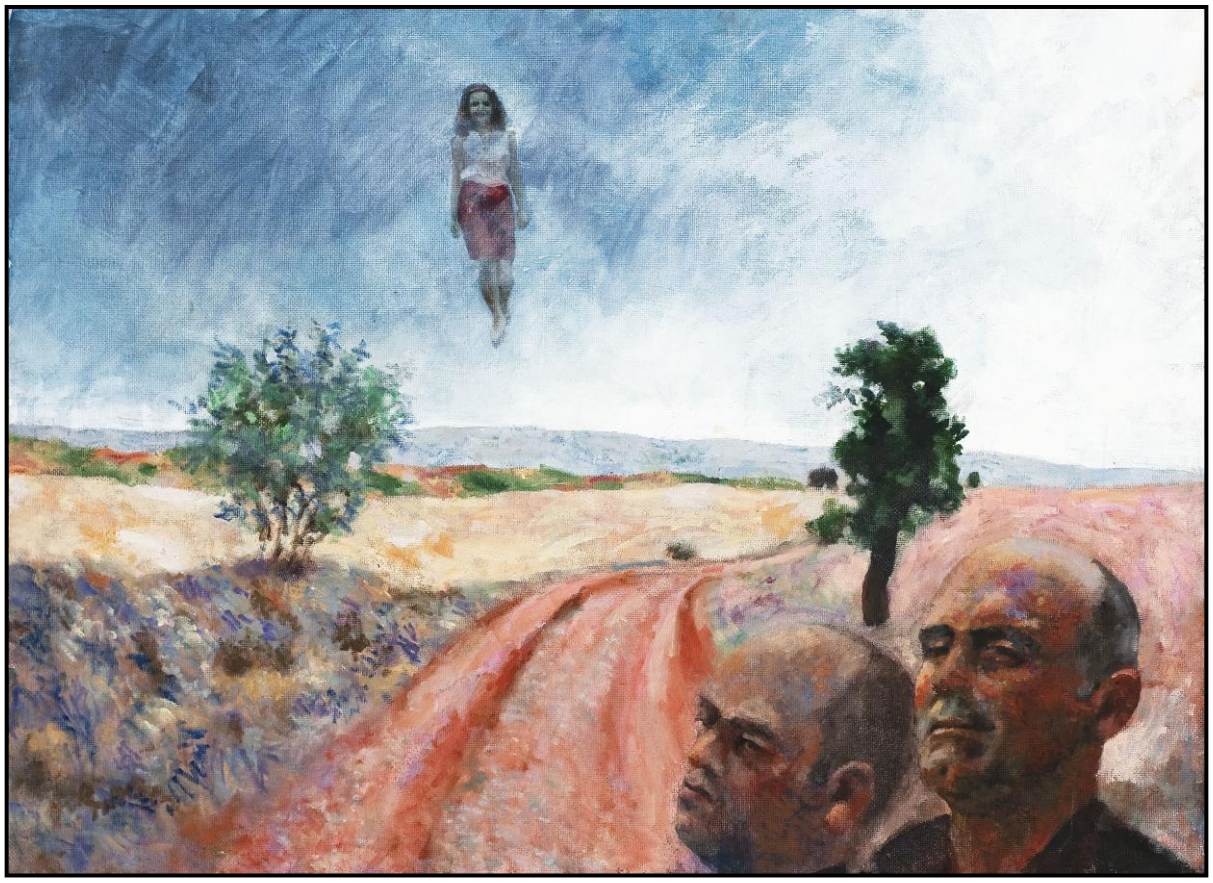


Las seis esposas de Henry VIII. Catherine Howard. (Lápiz sobre papel con toques, 65 x 50 cms.)

Segundo García ha logrado hacer realidad algo secreta o abiertamente anhelado; alumbrar por fin al pintor que mantenía oculto y sin derecho a vivir a causa de su larga trayectoria docente. Alumno de sí mismo durante muchos años, se esforzó en aprender, seguro de alcanzar el momento propicio para manifestarse, y pocos artistas podremos encontrar con tan dilatada y exhaustiva preparación. Segundo García, en la actualidad dueño de su tiempo, es ahora un pintor novel entusiasmado por el horizonte desplegado ante sus ojos. No hay melancolía en su mirada sino proyectos, promesas y sueños; sabe que toda marcha comienza con un primer paso y que, como nos aconseja el poeta, no debemos olvidar que en el viaje, largo o corto, está la felicidad.

Además de su preparación académica, confiesa el artista soñar sus cuadros y explorar todas las posibilidades de la emoción para dotarlos de vida. En *El ángel de La Alcarria y los pastores calvos mirando hacia otro sitio*, ha soñado un ángel femenino sin alas ni aureola: una figura de muchacha núbil, cuya vestimenta permite vislumbrar las suaves curvas del vientre y el pecho, esboza una sonrisa dulce y comprensiva, mientras permanece en lo alto del cielo azul, telón de fondo de un paisaje con escasa vegetación. Nos sorprende en una esquina la aparición de las cabezas de los llamados por el autor pastores calvos, -sin rebaños ni relación alguna con la idea preconcebida de los pastores-, de los que sólo sabemos, o deducimos, que han olvidado la fuerza de los sueños y mirar a las alturas. Como consecuencia ignoran la aparición de la muchacha y la dulzura de su sonrisa.

María Rosario Mohinelo



El ángel de la Alcarria y los pastores calvos mirando para otro sitio. (Óleo sobre táblex, 61 x 81 cms.)

Levántate, juventud

Yo vengo de un pueblo llano,
de una tierra de cultivo
sembrada por un huertano
rudo como el viejo olivo.

Tiene los brazos de acero
y lleva cual girasol,
su corona de romero
sin falta, de sol a sol.

De esta manera trabaja
y seguirá trabajando,
en su agreste Vega Baja
con sus tres frutos colgando.

Que tiene de bravo toro
en un cuerpo masculino,
descendiente de un rey moro
en una España de vino,

de pueblos olivareros
alfareros y guitarras,
y hambrientos niños yunteros
que viven bajo las garras,

de estos buitres de altos vuelos
carentes de sentimientos,
que disfrutan viendo duelos
y crueles fusilamientos.

No les importa un pepino
lo que tú puedas pensar,
caminante del camino
aquel que haces tú al andar,

por los campos de Castilla
andaluces y oriolanos,
catalanes y Abanilla,
extremeños y asturianos,

formados por los mineros
cuando van hacia las minas,
hortelanos y braceros
rudos como las encinas.

Así los hace la tierra
que trabajan cada día,
con un corazón de sierra
y una dureza de vía.

A estos hombres españoles
que España los ha parido,
durante siglos de soles
lunas y estiércol caído.

Encima de estos patriotas
de estos hombres jornaleros,
que morirán con las botas
como mueren los jilgueros

en una jaula cantando.
Aunque no tengan comida,
ellos seguirán cantando
siempre al amor, a la vida.

Estos hombres están hechos
a vivir toda su vida,
pisando bastos barbechos
escarcha y lluvia caída.

No han conocido otra cosa
que no sea el trabajo duro,
en esta España preciosa
sin libertad ni futuro.

La libertad que han soñado
y que hoy aún sigue soñando,
este pueblo subyugado
mío, de Antonia y Fernando.

Nadie escapará del yugo,
si la juventud no empieza
a darle puerta al verdugo
y de paso hacer limpieza

de la basura que inunda
poblaciones y ciudades,
en esta España profunda
de tantas calamidades

que pasa la gente obrera
en los campos de labranza,
de Callosa y Albatera,
Orihuela y la Matanza.

Levántate, juventud
como una emergente roca,
y da con exactitud
un manotazo en la boca

al que tiene subyugada
a toda tu patria entera,
desde aquella madrugada
que se convirtiera en fiera.

Es ésta la triste herencia
que nos deja un desalmado,
un narciso sin conciencia
amo de todo tu estado,

dueño absoluto de todo
porque así lo ha decidido,
quien siempre sale en el NO-DO
airosamente crecido,

que no hizo nada absoluto
ni lo hará por el obrero,
si no es traerle más luto
el hambre de hoy y el postrero,

y el de mañana si España
no se pone a la faena,
para hundir esta piraña
y romper esta cadena

eslabón por eslabón
sobre el cuerpo del verdugo,
el que tiene a tu nación
de rodillas bajo el yugo.

El yugo del desencanto
que tanto daño está haciendo,
a quien no cesa en su llanto
y el polvo sigue mordiendo.

Levántate, juventud
y no dejes que el golpista,
minimice tu ímpetu
con su pandilla fascista.

Levántate pronto y grita
sobre tu planta de encina,
¡que España te necesita
campesino, campesina!

Levántate, juventud
en la calle y en la mina.

Trinitario Rodríguez

Y lira así encendida sobre sombras

Y qué es la tierra
sino una voz más sorda
        que no se oye,
que no escucha los latidos
de los amantes
        ni los ojos abiertos
de par en par con que llegan los niños
con la cabeza alta
        porque llegan?

Casi podríamos sentirnos felices
al término del día
        al acabarse el sol
al ver que el viento viene
y nos dice los años sumergidos.
Nuestra felicidad podría
        echar su raíz más honda
en la tarde de julio
en esas luces largas dilatadas;
también en estas horas
        de los sueños
si el hombre se dijera libremente.
Seríamos así algo más
        acaso mucho más
de cuanto somos
        de cuanto vemos nacer
vivir y abrirse
        hacia la luz dudosa.

Bastarían las plantas los rosales
        los arbustos silvestres
        que nadie cuida
esas ramblas que cortan las montañas
y como péndulos van de luz a sombra
y del ensueño a tierra estremecida.
Bastarían los árboles
        las cúpulas
que solas se crearon
        sin cálculos ni artífices
pues eran solo cuerpos de amantes muy hermosos
de lúcidos cabellos sobre la espuma azul y adolescente.

Juan Vicedo

LA MUÑECA

Para Teo

Durante la noche había estado soplando la tramontana, por eso ahora la mañana era radiante y limpísima con un cielo turquesa que no surcaba ninguna nube. La silueta de los pinos se perfilaba nítidamente, y era tanta la claridad que era fácil contar hasta las piedras que bordean el camino que lleva a la montaña. Desde lo alto de la colina donde estaba ubicado el hospital, la mirada abarcaba una gran extensión de terreno. Podían verse las casas del pueblo como un pequeño rebaño de ovejas triscando por las laderas, rodeando la erguida torre del campanario de la iglesia, y las grandes masías, algo alejadas, medio ocultas en la frondosidad de la vegetación, que daban al paisaje un toque antañón y aristocrático, con los viejos escudos en sus muros y los relojes de sol en las fachadas, por las que trepaban las enredaderas.

Contemplaba el anciano el paisaje tan conocido como si fuera la primera vez que lo hiciera, aquella primera vez que quedaba ya tan lejana, al tiempo que reparaba en un cochecillo que circulaba por la carretera. Se sorprendía de que hubiera pasado el tiempo con tanta rapidez. Si fue ayer mismo cuando, con su título recién adquirido en la cartera, llegó a aquel lugar con el corazón rebosante de ilusiones y proyectos y también, por qué no reconocerlo, algo de ansiedad y temor ante la responsabilidad de enfrentarse solo por primera vez a la enfermedad.

Pronto sus dudas se desvanecieron, el trabajo era casi abrumador y no había tiempo que perder. Tuvo que luchar contra la ignorancia y la falta de medios, gastando sus horas en una labor que a veces sobrepasa sus fuerzas.

Al principio le costó adaptarse a la vida de un pequeño pueblo, sobre todo en los crudos inviernos, pero luego llegó a amarlo entrañablemente así como a sus habitantes. Antes de contar con el primitivo hospital, antes de que el pueblo comenzara a crecer, había hecho de todo, desde sajar granos a atender a las parturientas. Fueron años difíciles y agotadores, pero también años de grandes satisfacciones.

Después, un mal día llegó la guerra y el pueblo, por su proximidad a la frontera, se vio inundado de gentes que huían. Largas colas de personas agobiadas por el peso de los bultos que arrastraban, habían pasado por allí. Entonces sí que el trabajo se multiplicó; día y noche había alguien a quien atender, alguien necesitado de su ayuda. Las mujeres y, sobre todo los niños, demacrados y famélicos, eran quienes más le conmovían. Se preguntaba qué objeto podían tener sus esfuerzos y los de tantos otros como él, luchando denodadamente con la muerte, si finalmente ella se reía de todos sabiéndose vencedora; agazapada tras cualquier esquina se presentaba, unas veces, súbitamente, otras, en forma de bomba que se llevaba por delante todo cuanto encontraba a su paso, mientras que en ocasiones se apoderaba de sus víctimas con lentitud, tras semanas de dolor y sufrimiento.

Terminada la pesadilla de la guerra, el pueblo fue creciendo y multiplicándose sus habitantes. El día de la inauguración del hospital por el que tanto había suspirado fue un día feliz para él, para sus compañeros y, sobre todo, para los habitantes del lugar. Por fin disponían de unas instalaciones adecuadas para atender a los enfermos. Y continuó en la brecha acompañado de una nueva generación de médicos.

Se había hecho un buen trabajo durante aquellos años –toda su vida- se dijo, pero… ¡pasaron tan deprisa! Actualmente, a excepción de algunas hermanas, no quedaba nadie de aquellos iniciales tiempos heroicos. También fueron desapareciendo sus primeros pacientes, los que acabaron siendo sus amigos. El pueblo todavía era bello, mas con el desarrollo y el turismo ya no era el mismo: la gente cerraba sus puertas con llave, ponía rejas en las ventanas y miraba con recelo a los forasteros. Era inútil darle vueltas, él era uno de los pocos supervivientes de un mundo que ya no existía, un viejo al que le había llegado la hora de la retirada. Poco podía consolarle, aunque lo agradecía, el acto de despedida que habían organizado sus compañeros para aquella misma tarde.

Le parecía que un viento helado y desolador se había llevado todo cuanto amaba, aquello que constituyó la justificación de su existencia. ¿Notaría alguien su ausencia a la vuelta de unos meses?, se preguntó. Se le hizo un nudo en la garganta y el paisaje se enturbió a causa de las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

Avergonzado de su debilidad, hizo un esfuerzo y se puso en camino. Al llegar a la explanada, delante de la puerta del hospital, vio aparcado el pequeño coche que poco antes subía por la carretera. Le extrañó que tuviera matrícula de Madrid, pues no era época de vacaciones. Cuando entró la penumbra del zaguán en contraste con

la luminosidad del día, le impidió por unos instantes distinguir claramente el grupo de personas que estaban unos metros por delante de él. La hermana Lucía hablaba con una pareja de mediana edad que supuso matrimonio. La hermana estaba diciendo:

-Ha salido hace un ratito. Creo que no tardará en volver. Si quieren pueden esperar en la sala…

Entonces, la mujer la interrumpió:

-Mire, mire, por ahí viene. –dijo.

Y se dirigió decidida hacia el médic, pero al llegar a su lado vaciló. Luego, tartamudeando, le llamó por su nombre. Ya algo más serena, continuó:

-A excepción de su pelo que es ahora tan blanco, no ha cambiado usted nada. Le hubiera reconocido entre una multitud -sonrió ante su perplejidad-. ¡Claro! Usted es el que no puede reconocerme, pues yo sí que he cambiado, puede decirse que soy otra persona. Quizá me recuerde al ver mi brazo- añadió al tiempo que se quitaba la chaqueta y le mostraba un brazo deformado por feas cicatrices.

Pero él tampoco recordó.

Entonces, la mujer le explicó que de niña había vivido en aquel pueblo a donde llegó con su familia que huía de la guerra. Allí estuvieron hasta el momento propicio para cruzar la frontera. Un día, jugando con otros niños, se cayó por un terraplén y se fracturó el brazo por varios sitios, de tal manera que él desconfió de poder salvárselo, pero lo intentó y gracias a sus esfuerzos allí estaba: feo pero útil.

Esa especie de milagro no fue lo más importante para ella durante unos años, pues a causa de su corta edad no comprendió hasta mucho después la situación crítica por la que había atravesado. El motivo de recordarle, por cierto con mucho cariño, era la muñeca que le había regalado a los pocos días de ingresar en el hospital. ¿podría imaginarse lo que significaba para una niña de ocho años, que no había conocido más que las angustias de la guerra, la posesión de una muñeca? Aquella muñeca puso algo de felicidad en los tristes años de su infancia. Agarrándola con fuerza por temor a perderla, cruzó con su familia la frontera francesa. Su muñeca hizo menos penoso el tiempo que pasó en el campo de refugiados al que los llevaron. Finalmente, con su madre y hermanos regresaron a España, a su casa de Madrid, y aunque eran pobres y estaban en posguerra, le regalaron otras muñecas pero ninguna como la primera. Cuando tuvo edad para comprender, un hondo sentimiento de gratitud la embargó y se prometió a sí misma volver un día para darle personalmente las gracias. Pasaron los años, se hizo mujer, se casó y alumbró dos hijas sin tener la oportunidad de realizar el viaje. Ahora las cosas les iban mejor, hasta habían podido comprarse un cochecito...

La mujer continuaba hablando, contando detalles que recordaba de su estancia en el hospital, explicándole pormenores de su vida, pero él no podía, aunque quería, entenderla. Oía su voz como si fuera una hermosa música que penetraba en su corazón, deshaciendo con su calor toda la amargura que sintiera momentos antes. Recordó un proverbio bíblico: “Echa tu pan sobre las aguas que después de muchos días lo hallarás”. Sonrió: ¡Él había echado sobre las aguas tantos juguetes…!

María Rosario Mohinelo

15-M

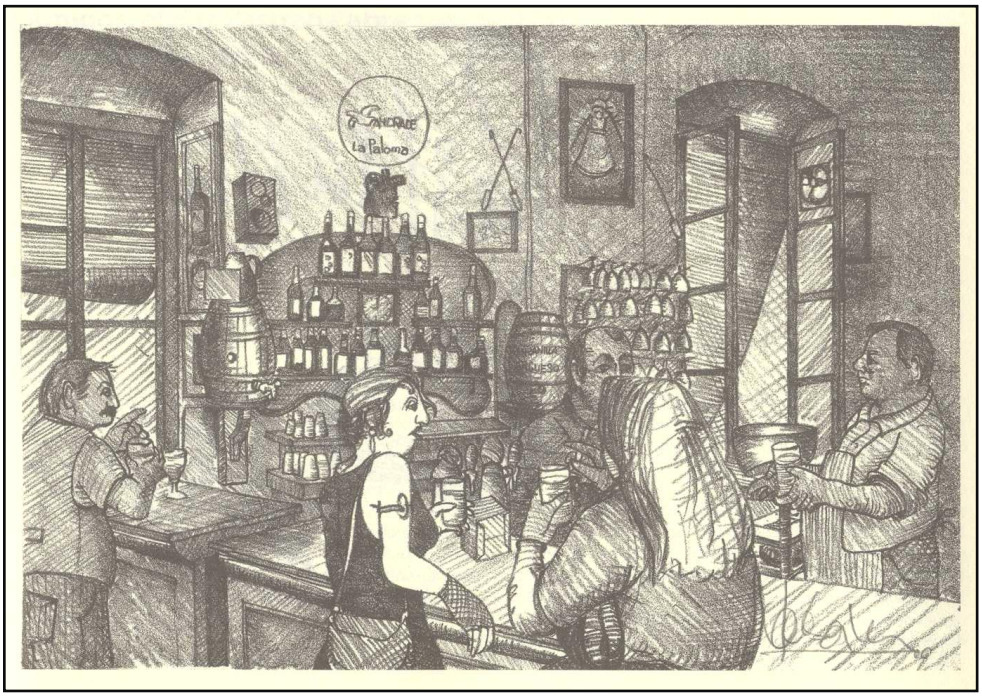
¿Qué paso te acompaña?
¿Una soledad,
un hombre,
una mujer,
una huida adelante?
¿Qué aliento te acompaña?
¿Un hijo,
una pereza,
un vacío donde no cabe
el instante?
¿Qué miedo te acompaña?
¿Qué monstruo,
qué agonía,
qué herida abierta?
¿Qué viento te acompaña?
¿En qué brisa te alzaste,
qué himno,
qué patria, qué bandera,
qué patíbulo, qué lastre?
Pregunto,
porque quiero saberte en todo
aprenderte,
es hora ya de caminarnos juntos.
No tú y yo
sino todos,
no unos cuantos,
todos,
los tuyos, los míos, los de nadie,
todos,
amalgama de voces,
coliseo de gritos,
con todos los terrores,
los de todos,
urdimbre tenebrosa,
maraña interminable.

Descubrirme y descubrirte
y ver que siempre,
siempre ha sido el mismo
miedo en todos,
el mismo sorbo
la misma soledad
la misma muerte.

Y al final
alzar una bandera,
la de todos,
la que no existe ni divide,
sólo una mano abierta
sin temor al mordisco,
sólo manos,
sin patrias ni patíbulos,
sin puertas.
Todos,
con el miedo digerido
del verdugo
y la victima despierta.
Todos
con heridas y harapos,
con risas
y esperanzas puestas.
Todos,
caminando,
es hora ya de caminarnos juntos.
Y de saberte en todo.
Y de tener respuestas.

Julia Díaz Climent

LA TABERNA



La taberna era el punto ideal para enterarse de las alegrías o los problemas, los chismes y las habladurías de la vecindad del barrio. Que si Fulano pasó la noche fuera de casa y su mujer lo esperó detrás de la puerta con la fregona enarbolada para sacudirle cuando llegara; que si la niña de Mengano se había tirado al río desnuda, a riesgo de coger una pulmonía en el agua helada del mes de enero, y al salir dejó sus bragas tendidas en una zarza, todo por una apuesta en la que ganó 20 euros…

Cualquier cosa se comentaba allí, y no digamos si algún asunto se refería a la autoridad, como aquella tarde en que el policía local olvidó su pistola detrás del mostrador, que era el sitio donde la guardaba cuando estaba fuera de servicio, y al beber una copa de más la dejó allí hasta el día siguiente, para regocijo de los presentes al verlo llegar nervioso y abochornado a recogerla.

La taberna era el sitio ideal para darse cita los amigos, para jugar al dominó los jubilados y, también, para que las viudas, separadas o solteras aguzaran el ojo cuando alguno de los viudos o solterones del lugar se aproximaba y entablaba conversación con una de ellas. La elegida le seguiría la corriente si le agradaba y su forma de comportarse respondía a sus expectativas. Total, que la taberna servía de Club local.

Sucedió que uno de sus más respetados y queridos clientes falleció de repente, y el murmullo de las condolencias de sus compañeros de taberna se podía oír a un kilómetro a la redonda. El día del sepelio, las casas de las calles adyacentes a su vivienda tenían las persianas cerradas, y hubo, incluso, quien colocó un cirio encendido en su ventana en señal de duelo.

El fallecimiento fue el tema general de conversación en la taberna. Al día siguiente, todos participaron en la colecta para comprar la enorme corona de flores colocada encima del ataúd, y todos fueron al cementerio.

Las gentes de los alrededores que no frecuentaban la taberna, se preguntaban a qué santo aquella respuesta general por la pérdida de un individuo fichado por la policía. Lo que no sabían era que aquel hombre, sin otra familia que sus compañeros de tertulia, había dedicado su vida a paliar los infortunios de sus convecinos con el producto de sus negocios, legales o ilegales.

También, hay que recordar que la información acerca de los problemas a remediar provenía de la taberna, donde la gente se reunía diariamente para echar un trago y comentar los altos y bajos de la clientela, sus familias y conocidos.

Aquella tarde alguien propuso un minuto de silencio en memoria del finado. Asombrosamente, los presentes se levantaron en pleno de sus asientos. Pasados los 60 segundos, se oyó una voz estentórea que dijo: “Descanse en paz”, y todos a la vez contestaron: Amén.

Esperanza Fernández

Soy un ínfimo y moreno rayo de sol,
que hacia todo proyecta su amor.

Me siento ligeramente feliz
No me puedo quejar.
Más suerte tengo que muchos;
aunque –en verdad- mucha menos
que otros.
¡Hasta aquí todo es normalidad!

Mas...
¡Cuántas veces se anegan mis ojos
y, la mueca de la risa se vacía
vuelta atrás!
¡Cuánto siento, que mi vida
-hecha polvo-
la dirija el viento, hacia aquí, hacia allá!
Pero todavía peor es... Ese otro aire estático
que no mueve una vida tan manida.
¡Y no lo podré remediar!

Manuel-Roberto Leonís

En la cazuela nocturna
mientras los párpados hablan
circunnavega la mente
-flash y palabras inanimadas-
entre ovilladas y mudas sombras:
grises, verdes, doradas...
Mas cuando hablamos, solo
nosotros sabemos qué decimos.
¡Nadie es capaz de traducirlo!.

Manuel-Roberto Leonís

EL DÍA QUE TODAS LAS GALLINAS DIJERON ¡CLO!

Eran unos años insoportables, no sólo para ellas, sino también para las gallinas de todo el mundo. Atrás quedaban los tiempos en los que podían poner donde les pillara el momento de dar a luz su producto… en el corral, en el campo… libremente, como había sido toda la vida.

Vivían hacinadas en una nave que más que una granja avícola era un horror; eso sí, de comer no les faltaba, se pasaban todo el día comiendo; ¡todo el día! No había duda de que las querían embuchar. Así estaban ellas, lustrosas, gordas, con unas plumas que cualquier indio del Lejano Oeste Americano y algún que otro ser que no acababa de salir del armario, habrían envidiado; pero eso es otro cuento.

Los huevos de estas gallinas eran los más gruesos que se vendían en el mercado; algunas tenían el recto rasgado dado su tamaño, por lo cual a menudo eran visitadas por el veterinario, quien les aconsejaba que no hicieran muchos esfuerzos para dar a luz a dichas materias casi redondas, demasiado grandes para su conducto anal, les recetaba vaselina y se iba por donde había venido.

Todas, lo que se dice todas, tenían el trasero escocido y su cabreo iba en aumento. Para ellas no había noche; tenían la luz encendida las 24 horas y las pobres no podían pegar ojo en todo el día, siempre poniendo los dichosos huevos, hasta que llegado el instante de mayor cabreo, decidieron hacer una reunión entre ellas en la que tratarían los siguientes cuatro puntos:

1º.- El más importante; su derecho a dormir con la luz apagada ocho horas diarias.

2º.- Pedir más espacio para no estar pegadas unas a otras ya que tan juntas no podían ni moverse. Con diez centímetros de separación bastaría.

3º.- Poder elegir el pienso y algunos días volver al salvado y pan mojado con un poco de aceite de oliva. ¡Dieta mediterránea donde las haya!

4º.- El punto más importante de todos: su derecho a darse un revolcón con el gallo. Esta petición produjo un fuerte aleteo entre ellas que se oyó a kilómetros, con lo cual demostraron su aprobación.

Una vez redactada el acta de la reunión y entregada al dueño de la granja, si éste no aceptaba sus condiciones, dejarían de poner, con lo cual iría a la ruina. Decidieron que este documento se lo entregara "Cloti", una vieja gallina clueca retirada del servicio de ponedora que tenía el pico torcido, recuerdo de una gamberrada de las más jóvenes que le pusieron en el nido un huevo de mármol al que la pobre gallina, al ver que el pollito no salía, se lió a dar, sin éxito, picotazos.

Cuando el documento fue entregado, el dueño montó en cólera y se negó en redondo a aceptar las exigencias de las gallinas.

Las aves se preguntaron ¿qué hacemos ahora?, y más cuando los óvulos estaban pidiendo paso para salir al mundo. Los pobres animales apretaron los muslos, pero así y todo los huevos comenzaron a salir, justo en el momento en que la esposa del dueño le estaba enseñando la nave a una amiga.

-¿Sabes algo de Mila?– antigua compañera de juergas.

-Pues sí, hija. Las últimas noticias que tengo de ella es que se ha vuelto más puta que las gallinas.

Las de la granja se quedaron espantadas ante estas palabras. Ellas, que eran los seres más virtuosos y puros del mundo, ¡a la fuerza, claro! ¡Compararlas con prostitutas! Sus alas se abrieron por la sorpresa y sus ojos se quedaron quietos y redondos, estáticos; sólo su culo tenía espasmos de la impotencia que sentían al no poder contestar a aquella bruja, y los huevos salían con ondas como los farolillos chinos.

Entonces decidieron hacerlo saber al mundo entero y al resto de las gallinas que habitan en este planeta, las cuales estaban en las mismas condiciones que ellas: explotadas, esclavizadas y viviendo de la misma manera por la ambición del hombre.

Un clo-clo, se empezó a oír por todo el planeta que, pasando fronteras, llegó a todos los confines del mundo. Aquel gritó de auxilio al extenderse por todos los rincones de la Tierra, mejoró la vida de las sufridas aves.

Como es lógico, la producción de huevos comenzó a disminuir y, ante el temor del hombre a arruinarse, empezaron a ceder en algunos puntos. Algunos de sus dueños las soltaron en su propio campo en el que habían construido cobertizos para que se resguardaran. Otros aprobaron todas sus reivindicaciones, de ahí que los huevos comenzaran a tener mejor aspecto y fueran llamados ecológicos, todo porque ahora no había odio en sus madres y, una vez aprobados todos los puntos, el revolcón con el gallo pasó a ser semanal.

MORALEJA : ¡Hombre, si no quieres quedarte sin huevos, trata mejor a las hembras!

María Plana

TROVAS PARA LAUD Y VIHUELA

Trova de las sefarditas que semeja una endecha

De Toledo partimos
en nueva diáspora.
En la mala hora
¡qué aciago camino!
Exilio de la madre,
la llave de la casa
pende de mi pecho
para no olvidarla.

Allende Toledo
murió la alegría,
se torció el destino,
no tuvimos suerte
Sara, hermana mía.

Ni panes, ni olivas
ni maná, ni nada
todo lo perdimos.
Yo entregué las joyas
mi ajuar, mi futuro,
un precio tan alto
por comprar un rumbo.

¡Novias muy preciadas
hubiéramos sido!
mas huérfanas somos
sin fortuna ni orgullo.
Por Bib-xacra huimos
presurosas, llorando,
cayendo la tarde
a buscar el río.

Un novia sefardí

Sara, mi hermanita
cuánto fue tu llanto
en la inmunda panza
de aquel barco oscuro.
Yo cerré los párpados
transidos de miedo
por el odio heridos.

En el mismo equipaje
un fin, un principio,
los llantos, los sueños
se mezclan confusos.
En la nave aquella
mecida en el viento,
decían los niños:
"Dejadlas que duerman".

"Dejadlas que lloren"
dijeron los viejos.

Con los ojos muertos
transitamos las aguas
de un dolor inmenso.
Fue un largo pasaje
aquel sufrimiento,
un vagar sin tiempo
camino de Ténedos.

Ay! Allende Sefarad
hermana querida
seremos dos sombras
dos vidas truncadas
los ojos sin brillo.

Mercedes Rodríguez García-Olías

…mirar atrás…

"…miró atrás y se convirtió en estatua de sal"
*(*Gen. 19, 17.26)

Rómpeme la boca
contra las rocas
que acorazan la esperanza
de besar un beso.

Quizás estoy loca.

Deja que la sangre fluya
caliente y salada
desparramándose en hilos
dibujando un sueño.

Por sentir tu aliento.

Regueros de lágrimas
formando raíces
que encierran el deseo
de sentir tu cuerpo.

Pegado a mi sentimiento.

Si me diluyo en el mar
sabré que estoy hecha de sal…
jamás debí mirar atrás.

Cristina Ortega Morales

SOLO EN LA CIUDAD

Quién me iba a decir a mí, Nemesio García, que a mi edad estaría metido de hoz y coz en tamaño apuro, el más grande de mi vida. Yo siempre he sido un hombre trabajador, amante de mi mujer y de mi hijo, respetuoso con la ley y las buenas costumbres y honrado a carta cabal.

Mi problema, tengo yo, que principió al morir la María. Después de cincuenta años de coyunda resulta muy duro, durísimo, rehacerse de la pérdida de la mujer, y de una como la María, más, porque la María era mucha María, mucha. Me dejó desamparao.

Estaba yo tan caidizo, tan sin ilusión, tan tristón, que en una de las visitas que me hizo, mi Ramón, -mira que es buen hijo-, me convenció para que me fuera a vivir con él y con la Tere, a la gran ciudad. Por cierto, que digo yo que debe de ser una ciudad enorme, pues la barriada en que vivimos que es más grande que mi pueblo, dicen que es su dormitorio. Tengo oído en el Hogar del Pensionista, que el centro está muy lejos, y me lo creo, pues, para llegar al tajo a las nueve de la mañana, el Ramón y la Tere se van a las siete y no regresan hasta la noche.

A veces yo me pregunto a mí mesmo: ¿Qué pintas tú aquí, Nemesio? ¿Por qué te habrás dejao convencer y abandonado tu casa y tu pueblo? Aquí estás entoavía más solo que allí. Si al menos disfrutaras de un nieto que te alegrara las pajarillas... En el pueblo tenías tus amigos de toda la vida, pocos ya, esa es la verdad y hay que reconocerlo, porque, paso a paso, van desapareciendo: unos, porque se van con sus hijos que ya no viven en allí; otros, porque están en una de esas residencias que son como las guarderías de los críos; y los más, porque ya están en el Barrio de los Callaos. ¡Vaya engaño que es la vida, Nemesio!

Bueno, a lo que íbamos. Que mi Ramón me llevó al médico. Era un tío muy listo que no me dejó decir ni pío. Todo se lo preguntaba a Ramón y Ramón contestaba lo que le parecía, xactamente igual a como pasaba cuando él era un chaval y lo llevábamos al dispensario. Después de pensarlo un ratico, dijo el médico que lo que yo tenía era una depresión de caballo, pero que él, en poco tiempo, me iba a poner como un potro. Yo tengo para mí que lo de potro lo dijo por mis dientes grandes y amarillos y no me gustó ni una miaja. Me mandó un montón de pastillas de colorines y que volviera pasaos dos meses. Me aconsejó que me buscara un quehacer, algo sencillo y poco cansino, por ejemplo, en el ámbito del voluntariado, que no hay cosa que más ayude a mejorar que el sentirse uno útil a la sociedad. Yo no sabía de qué estaba hablando, ni por qué me salía con aquella parrafá, ni dónde estaba ese lugar al que quería que me fuera, pero mi Ramón, que es tan pacienzudo, me lo explicó con mucho cariño.

No sé si ha sido culpa de las malditas pastillas o del cambio ése del que hablan a todas horas, -algo del clima, creo que lo llaman-, el caso es que, de pronto, volví a sentir lo que ya tenía olvidao desde hace cantidad de tiempo. Y éste es mi verdadero problema, el más grande que he padecido nunca, y el que no puedo confiar a naide. Hasta he dejado de ir al Hogar del Pensionista, que los viejos son muy ladinos y seguro que se maliciarían algo. ¿Cómo voy a explicar que a mi edad siento lo que siento? ¿Qué clase de hombre pensarían que soy? Y es que la ciudad no ayuda para nada, al revés, empeora las cosas. Comencé a leer los papeles por si, por un casual, encontraba algún tajo en el voluntariado ese que me recomendó el médico, y, sin saber cómo ni por qué, me vi leyendo otros anuncios, los que llaman de contactos. ¡No podía creerme lo que leía con mis propios ojos! Lo peor de todo fue que, después de un ratico de dudas escrufulosas, volví a la carga y ahora no puedo dejar un solo día sin leerlos. Me paso el tiempo cavilando en cómo serán las mulatas, las rubias, las morenas y hasta las que saben francés y las que no. Estuve a punto de llamar a uno de esos teléfonos -retóricos, creo que los llaman-, pero comprendí a tiempo que por ahí podría descubrirme mi hijo, y eso sí que no: me moriría de vergüenza. En cambio, con la tele no hay peligro, y cómo está la tele, Dios mío; así que me paso muchas horas pegado a ella. Hasta los anuncios están de toma pan y moja.

Cuando salgo a pasear mis ojos se van tras de las mocicas y las no mocicas. Ahora, en verano, las mujeres están para comérselas; con eso del calor van tan ligericas de ropa... ¡Rediez, por qué habré nacido tan pronto! ¡Ay, Señor, Señor, qué pena que haya tan buenos pinos cuando ya no corta el hacha!

A veces, la voz de la conciencia quiere meterme en cintura, pero de tanto dar la tabarra los periódicos, la radio y la tele con el tema de la... bueno, lo diré como ellos, la sexualidá, ya no la hago ni caso.

Por fin parece que voy a encajar en un sitio. Acabo de leer un anuncio que dice: “Grupo ecologista busca viejo verde”, así que me voy corriendo antes de que alguien me quite la plaza.

María Rosario Mohinelo

Extraigo del yacimiento…

"Mientras no hayas muerto y vuelto a levantarte,
extranjero eres para la tierra oscura"
Goethe

Extraigo del yacimiento
de la garganta oscura de la noche
-donde se guarda aquello aún no dicho-
el aliento desnudo de los pájaros,
el verso desprevenido
al que le cuesta dormirse
o lo hace con un ojo semiabierto
y que, quizás, me ayude a levantarme.

Remuevo de entre las sombras
los cuerpos invisibles y extranjeros,
materias deformadas por las aguas
más profundas de los mares.
Busco el alma extraviada de las cosas,
los címbalos que resuenan
en el fondo de su cuenco.

Palpo ciego los residuos
de las declinaciones de la luz,
agujas excomulgadas
por descoser el brial del universo,
los rescato y me quedo frente a frente
con el futuro poema.

Julio Pavanetti

El poeta y Euterpe

Al fin se ahueca la niebla

Abre las viejas puertas y ventanas
amaestradas por los latigazos del hábito
por la aplastante rutina

y se dispone a esperar
que suene la música de su flauta

Sus ojos van detrás de ella
que cabriola en las escalas del aire
saltando de letra en letra

Vuela hacia él como si fuera un Dédalo
buscando su libertad

Escucha el aleteo de sus alas
su eco repiquetea en las estrofas

Interpreta su descenso
prepara papel y lápiz
para que el sol no la venza como a Ícaro

Se acomoda bien las gafas y aguarda
con el verso entre los dedos
a que el quemante aliento del poema
rompa la parálisis y el silencio
a que le somete la dictadura
de los papeles en blanco.

Julio Pavanetti

Duermes

Duermes y despiertas la serpiente,
vuelas y se colma la esperanza,
ardes y se enciende el universo.

Duermes, y te espero
sobre un beso de reptiles luminosos.

Duermo yo también
y me pregunto, a dónde llegará y llegaremos.

Julia Díaz Climent

EL DÍA EN QUE PARTIÓ ANDRÉS GALÍNDEZ

Cuando al pasar el tiempo quise indagar en lo que le había pasado a Andrés Galíndez, Catalina la Chusca, su madre, me contó con detalle los signos que observó el día en el que se fue su hijo.

"La mañana era blanca y radiante, aquel día del mes de agosto en que Andrés tomó la ruta *de los árboles tristes***.** Lo vimos partir con el corazón oprimido, un mal presagio en el alma y el aura sangrienta que seguía su sombra en la distancia. El bosque como si se quisiese añadir a nuestro ánimo, contradecía el ambiente y perdía sus hojas en un otoño prematuro".

"Señor, ¡ah! ¿Por qué no lo detuvimos? Todo indicaba algo desconocido y terrible. Signos incomprensibles en la mañana en que Andrés nos dejó. Un viento norte exaltado zumbó barriendo el camino de tierra del que surgió la nube que borró su rastro. Dejamos de verlo. El viento, torvo y contrariado, zarandeaba las hojas que nos ocultaron sus pisadas. Según se alejaba se posaban mariposas negras en sus hombros. Perdone, señor, pero los recuerdos se agolpan revueltos en mi mente. Recuerdo, como si fuera hoy, su voz en la distancia, con su canto alegre que resonaba contra las fuerzas malignas. Lágrimas amargas me rodaban por las mejillas sin poder contenerlas y una congoja agria me atenazaba la garganta. Cuando ya no lo veía el corazón me palpitaba de ansiedad. No volví a sonreír. No volví a cantar ni de mi boca salieron más palabras para poder escuchar el sonido de su voz que sigue viva en el aire. Eso me quedó de aquel nefasto día y así se lo cuento. Es la primera vez que digo con palabras el sentir de aquel horror"

Y siguió:

"Sólo salimos a despedirlo nosotros, su padre y yo. Las gentes de la aldea se escondían tras las ventanas, nadie se atrevió a asomarse de tanto que lo adoraban. Ella vigilaba vengativa por algún lugar. Estoy segura. No la vimos cubiertos como estábamos por el dolor de su marcha. Por la marcha de nuestro corazón, de la alegría de nuestras vidas".

Cuando rememoró los hechos para mí, los recuerdos traían brillos acuosos a sus ojos y congojas a su voz. Me impresionó la fuerza con la que evocaba aquellos momentos.

"Sí, había malos presagios –continuó, mientras con la punta del delantal se sonaba la nariz– Fíjese usted que, a las gallinas del corralito se le erizaron las plumas y cloqueaban apretujadas y medrosas unas contra otras, en una esquina, como si un aliento diabólico las empujara. El gato se volvió loco y bufaba furioso hasta que subió a un cerezo y allí se quedó. Un búho ululó a deshora en el huerto hiriendo mis oídos con su mensaje"

Mientras se reponía de sus recuerdos y se enjugaba las lágrimas me dijo cómo los búhos son mensajeros de los viajeros. Andrés, le había contado –según me dijo– que trazaban rutas invisibles por las que se veían obligados a seguir. Allí estaba el destino, agazapado, de Andrés Galíndez.

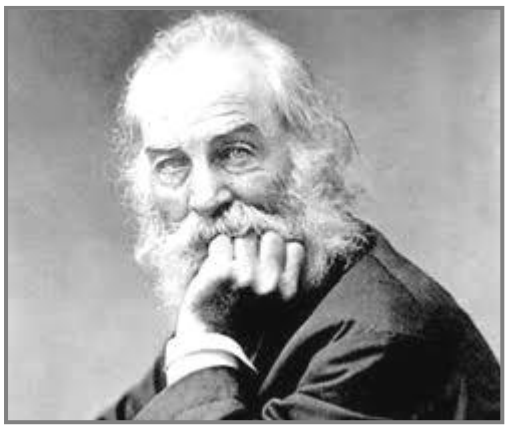
Sé que no me sirven estas pistas para mi investigación, pero la naturaleza esgrimía sus armas y, aunque me contó estos y otros mensajes, no pude comprender la razón de sus sospechas. Parecía que el destino jugaba su baza inefable con mis pesquisas. ¡Es posible qué todas las mujeres fueran culpables! Imposible demostrar algo así.

"La aldea se marchitó como una flor sin agua. Andrés era el encanto de las mozas: guapo, alto, garboso como un Nuestro Señor de los altares. Lo adoraban como al mismo Dios, pero las mozas tenían sus secretos, aunque trataran de ocultarlos, yo los intuía. No se pudo demostrar nada. Dentro de mi corazón sé que ellas fueron culpables de su muerte. Su cuerpo apareció días después entre la hojarasca que lo envolvía como el sudario de un Cristo crucificado. Acuchillaron con saña su rostro y sus entrañas. «No será para nadie» decían las voces que resonaban en el bosque"

Airam Lebasi

Homenaje a un poeta norteamericano

Si yo fuera capaz de escribir un poema
que fuera escuchado por la tierra y por el mar y por el cielo
y también por Dios.
Si yo escribiera el poema de las cosas útiles
y de las cosas inútiles y de los objetos rotos
y de los instrumentos oxidados,
Si yo un día escribiese
sobre el misterio de la existencia,
sobre lo que se ignora y se anhela saber en las células,
en la gota de agua,
en cada ser diminuto y frágil.



Walt Withman

Si yo fuera capaz de escribir el poema
de las estrellas y de las lunas
y de las maravillas del universo,
cuando la ciencia o la técnica
investiga apasionadamente
lo que hay en la tierra y en los cielos.

Si escribiera sobre la procreación y el nacimiento,
y sobre la vida y sobre la muerte,
con la descripción de la alegría y la descripción del sufrimiento
y el pensamiento de los que sufren
y el pensamiento de los que son felices.

Si me naciera un poema que hablara del alma, pero sobre todo del cuerpo,
de sus órganos y sus vísceras y músculos y venas y huesos.
Si hablara de los cuerpos, de sus sensaciones, pálpitos, deseos, alegrías,
dolores y esperanzas.
Si hablara de costumbres, usos, religiones, ritos y mitos, y modas,
de la ropa, de los vestidos, de los perfumes y adornos,
y si hablara del varón desnudo
y de la mujer desnuda,
del hombre que es dichoso en su desnudez
y de la mujer que es dichosa desnuda.

Hablaría en mi poema de los cabellos, de la piel…De los ojos
que miran, del tacto, del oído, del gusto, del recuerdo,
de la memoria… Hablaría de los brazos,
de las piernas, de las manos, de los pies,
de los pechos de la hembra y de su sexo.
Hablaría de los órganos genitales en el hombre,
del encuentro amoroso del varón con la mujer,
y de aquello que sucede cuando se unen y se aman.

Si yo escribiera un poema así
me llamaría Walt Whitman.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Poema del otro. Las dos Españas

Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.
Antonio Machado

Caminaban los dos juntos
junto al otro siempre el uno.
El uno cuando nacía
se encontraba con el otro
que pisaba sus talones
y bebía en sus jardines
que eran jardines del uno. Ya los jardines azules
eran jardines del otro.

Intercambiaron palabras
voces calientes insultos
ásperas voces subiendo que subían desde el uno
y cayendo sobre el otro
reflejaban en su cara
el mismo sueño del uno.

Comieron los dos limones
mas los limones del uno
saltaron al suelo rotos
y los limones del otro
encendieron en la tarde
los ojos tristes del uno.
Eran limones del uno
que se los dieron al otro.

Asomados al espejo
preguntaron por sus rostros
porque siendo dos distintos
les preocupaba que el uno
tuviera la misma pena
alta y blanca como el otro.
La pena del uno era
rubia nacida en el otro.

Otro y uno confundidos asustados uno y otro
miraron hasta las nubes
tan cerca del mismo cielo
que no encontraron los mares
que eran mares para el uno. Porque los mares del uno
siempre los quemaba el otro.

Siguieron hablando juntos
y ya la tierra del uno
era la tierra del otro.

Juan Vicedo

SAN NICOLÁS DE BARI

Llegué a mi ciudad y los primeros sitios que visité "fueron mis restaurantes benéficos": los puestos del Mercado de Abastos. Cogí dos tomates y salí arre que es tarde…, caminando por la Rambla de Méndez Núñez, mordisqueando la fruta, en dirección a las calles del barrio, en cuyas estrecheces me introduje. En aquel deambular pasé por las puertas de una iglesia ubicada en la Plaza de Abad Penalva. Las puertas estaban abiertas de par en par. Yo no era muy devoto, ni solía entrar a sitios que otros adictos, sobre todo bien vestidos y con corbata, llamaban lugares de culto sagrado. Entre ellos se identificaban como hermanos y rezaban todos juntos, a una. Aunque ya en la calle olvidaran consanguinidades y fueran fríos y distantes con las necesidades "familiares". La diferencia entre ellos y yo, en cambio, radicaba en que yo asistía por rigurosa necesidad, para pedir limosna en días de fiesta y, sin entrar: desde las puertas de acceso y salida… En cambio, y aunque aún no sé por qué, ese día me llamó el gusanillo y entré hasta lo más profundo. Aquello era inmenso: un imperio de riqueza; sin embargo, el interior estaba desierto, no había nadie. Me dirigí a las cercanías del altar y me detuve frente a la imagen de una virgen muy bella: a diferencia de fisonomía en los miembros de la raza femenina humana, en las iglesias no existen vírgenes gruesas ni feas. La virgen, en cambio, sí acogía a un niño en brazos -el Jesusito de los peques pensé de inmediato-.

Los recuerdos de la infancia llegaban a mi mente, me invadían y me desbordaban: Miguelillo, reza un Jesusito de mi vida y un padre nuestro —me recordaba mi abuela Petra, en cada acostar— para que las cebollas no nos falten en casa, en la despensa ni en la mesa —añadía—. Aunque mi abuela sólo sabía y conocía una estrofa del poema de Jesusito; y también una sola aprendí yo…: "Jesusito de mi vida —empecé a tararear sonoramente, frente al altar—, eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón: tómalo, tómalo, tuyo es y mío no".

—Jesucristo ha escuchado tu plegaria. Él te ha visto rezar, ha oído tu predisposición y has complacido el aliento del padre. Ahora Él, muy gustoso te acogerá a ti en su espíritu y en su pecho. Jesucristo —añadió la voz— recompensará el sacrificio que arrastras en la tierra y reconducirá tu camino hacia la gloria del padre, en cuerpo, espíritu y alma.

Yo escuché aquello y me sobresalté: giré de sopetón sobre mí mismo —cuando entré no había nadie—, pero a excepción de multitud de bancos de madera deshabitados, imágenes de santuarios, litografías y diferentes riquezas en bóvedas y artesanías… mis ojos no encontraban figuras humanas y, casi desorbitados buscaban y rebuscaban por las cercanías, pero nada. Giraba sobre mi propio entorno y mis ojos seguían sin encontrar figuras reales, a excepción de más imágenes de santos, bóvedas muy adornadas y un sin fin de bancos de madera, bien alineados entre sí.

—Dios protege a los afligidos, ampara a los torcidos y reconduce a los errados —añadió la misma voz.

Yo no cabía dentro de mi propio asombro; estaba pálido, indeciso: la voz nacía, se esparcía y desaparecía entre ecos de aquellos amplios entresuelos. Parecía una voz del más allá, fantasmal: yo no sabía si correr o llorar. ¿Quién me hablaba a mí desde la sombra, sin dar la cara y en tal soledad…? —me pregunté a mí mismo—. En esos y otros tormentos de indecisión mental estaba yo imbuido cuando se abrió la puerta de una garita, similar a las de los centinelas del castillo, aunque más cuadrada, con puerta batiente, ventana casi cegada por una madera, tipo malla, y una cruz en el vértice superior.

—Hijo mío —dijo el cura ante mí, de plantón, con la sotana negra que le llegaba hasta los pies. Del cuello le pendía una especie de estadal ancho, bordado con preciosos encajes artesanales; y llevaba las manos sujetas, una sobre la otra, sobre su propio abdomen—. Tu corazón ha dado verdaderas muestras de fe y devoción cristiana —añadió—. Prende una vela y hoy verás la luz y el camino de la gloria del Señor —el cura me mostró un panel completo, con pequeñas mariposas de cera, ya encendidas, aunque con otras nuevas, apagadas—. Sigue rezando y no decaigas, hijo mío; Dios protege a los afligidos —llevó la mirada a mi indumentaria y me repasó de arriba a abajo—. Pide a Jesús, desahógate en su bondad y nada en el bálsamo de su gloria, Él calmará tu desdicha.

—Yo no sé nadar ni tampoco tengo cerillas —dije sin maldad: por inercia.

—No es necesario, hijo mío, mírame a mí, coge una nueva velita y la enciendes con la ya usada: así, ves —me mostró cómo se hacía—. Dios es generoso, agradecerá tu devoción y sé y te anticipo que compensará el sacrificio de pobreza que tú arrastras: "Dios protege a desventurados y afligidos" —y prosiguió—. En cambio, hijo mío "Los ricos no entrarán en el reino de los cielos del Señor, a excepción de que entreguen sus riquezas a la

iglesia, para repartirlas entre los pobres; con ello encontrarían la paz y la pureza celestial". Si lo deseas —añadió— puedes dejar una limosna en el cepillo para los desdichados como tú y los descarriados en desventura —para ello me mostró una hucha pequeña, estaba al pie del panel que sustentaba el estandarte de las velas.

El cura se alejó de mí, satisfecho de mi devoción: desapareció por una puerta contigua, en cuyo marco superior pendía un rótulo: Sacristía.

A mí, en cambio, se me encendieron las alarmas; la hucha estaba allí, ante mí, sola, presuntamente con dinero; y mi estómago tan desdichado y tan sumido en la necesidad... Curvé mi ya curvada silueta, cuqué el ojo izquierdo y con el derecho miré y remiré a través de la abertura. Así me pareció ver el brillo de decenas de monedas: de diez céntimos, pequeñas y grandes, reales, pesetas rubias, duros sueltos y monedas de cinco duros. Llevé ambas manos a ella, a la hucha, pero no estaba suelta y tampoco despegaba. La hucha se encontraba en un recinto de "libertad espiritual" sagrado; aunque, por si acaso, prisionera al pedestal que sustentaba el panel de las velas. Mi estómago, en cambio, a través de la vista aspiraba a conseguir comida y se serenaba por momentos. Mientras mi mente manipulaba aquello con intenciones de apropio sobre la ranura de la hucha, yo encontraba un rayo de luz divina… Trasladé la mano al bolsillo de mi pantalón harapiento y saqué una pequeña navaja: siempre me acompañaba. Con ella forcé la cerradura y más contento que don Santiago del Real, el día que recibió la herencia familiar, me llevé un puñado de monedas: trescientas cuarenta y ocho pesetas, con diez céntimos y un real, conté cuando me hallaba en la calle —los feligreses usaban más generosidad material en atender y echar limosnas al cepillo de aquella monstruosa iglesia, que en las ofrendas a los verdaderamente necesitados: los vagabundos, hambrientos, harapientos, descalzos y padres de familia en auténtica necesidad cristiana—. Antes de salir de la iglesia, sin embargo, repasé la fisonomía del Cristo en Crucifixión y le mostré las monedas: "para mi estómago y para las niñas de María" —dije—. Y acto seguido emprendí camino hacia la salida de la iglesia: Concatedral de San Nicolás de Bari, antigua mezquita que se ubica en la Plaza de Abad Penalva, de Alicante. De allí, sin embargo, salí con más prisas de las que usara para entrar al amplio recinto de reunión y rezo sagrado. Alcancé los añorados rincones del barrio y me detuve en la primera tienda que encontré al paso. En ella me puse a reventar, gracias a la generosidad de la hucha y del Todopoderoso: para con los apurados, los menesterosos y los descarriados. Aunque gracias también a los manjares de la estantería y del mostrador de aquella tienda en la que ahora compraba…

—¿De dónde has sacado el dinero? —me preguntó el curioso del tendero que sabía de mis vericuetos, mis necesidades y mis andanzas.

—Me lo ha dado mi abuela: para hacer la compra de la semana —mentí.

—¿Tu abuela…? —dudó.

Yo callé, pagué y salí. Con el estómago repleto busqué a mis amigos —más contento que Dionisio, el día que ocasionalmente comía arenques con las migas—. Mis amigos no estaban en el bar de Perico, del casco antiguo. Me dirigí al Mercado de Abastos y encontré al Rata: pedía limosna por la calle de Alfonso el Sabio y por las cercanías de los mercados de abastos y de frutas. Al Rata le narré el suceso del perro, del hospital y de la sarna. Aunque callé, no obstante, lo del cepillo de la Concatedral de San Nicolás de Bari, no fuera asunto de quedar mal y en pecado—. Pese a ello, le di una limosna de setenta pesetas, y un real…

Agustín Conchilla

Alentando en los otros

Entre la multitud
cada mañana alumbro,
y comienzo a alentar
con todos los que inician
su vivir cada día,
con sangres que sin pausa
por millones transcurren
y a mí también me bañan.

Así somos cadenas
de infinitos turbiones
en un planeta insomne.

Hiriéndonos, amando,
hemos ido forjando
palabras y catástrofes,
hermosos resplandores,
herméticos castillos,
la humanidad doliente
que el profeta anunciara,
la voz trémula, ardiente
que por los siglos grita.

Pieles tan diferentes,
cromosomas y hablas
se juntan en un solo
y abarcador contacto
donde la rosa existe,
donde lo hermoso existe
desde que fue creado
y en un espejo mira
aquello que designa
y en su voz reconoce.

Moléculas y átomos
que a mí también me crean.
La materia que ensalzo
gracias al resplandor
que de ella brota,
arquitrabes, axiomas
que mostraban el alma,
señales y alfabetos
que el hablar recogían.
Imaginada especie
que así misma se nombra.

Materia que es espíritu
que nace cada día,
vida nueva que alumbra
mi andar y el de los otros.

Nunca la soledad,
nunca lo oscuro,
siempre con la hermandad
que a sí misma se nombra,
con los otros latiendo,
con otros alentando
hasta ser, en el polvo,
una brizna que pasa.

Manuel Parra Pozuelo

II

Y aunque buscas a Dios,
a Dios maldices
Francisco Alonso Ruiz

La noche temblaba en la boca de Dios
y desde sus entrañas
ocupaba
la risa, el mercado,
los cafés, el silencio, la vida

Una noche, como ésta,
plomiza y rota,
desde los pulmones del campanario
hasta la esquina
de sangre derramada

Porque la noche es más que una boca,
la noche es un cuerpo
enfermo de sueño,
la noche persiste honda,
la noche des
cien
de por su pereza
hasta los albañales,
hasta nuestro salón de nieve,
hasta la pérfida y remota alcoba
que por el cansancio nos conoce

Y allí,
ante nosotros la noche huérfana
que temblaba y tiembla
en su redondo tedio
contra la ciudad:
¡refugio de lluvia, llanto y vidriera!

La noche es un monstruo
de hambre
desgarrado en unos labios,
en la acera del tiempo
un cuerpo en sus soledades
desgarrado
dejando para sí mismo
su propio cuerpo
hasta no ser otra cosa que la noche

La noche temblaba en la boca de Dios
y en la Iglesia, la sierra y el río
rumor de Muerte
habitaba su morada
sobre los jazmines

Manuel Valero Gómez

LA BICICLETA ROJA

Aquella bicicleta roja plantada cada día en la acera de enfrente de mi casa estaba arruinando mi vida.

Todas las mañanas al levantarme me iba directo a la ventana y ella siempre estaba allí, apoyada contra una farola.

El mío era un barrio tranquilo, pero no obstante, no entendía como el propietario de la bicicleta no le pusiera una cadena y que -no sólo no la robaran-, sino que además, nadie se acercara a ella con la misma curiosidad que despertaba en mí.

Esa curiosidad me acompañaba todo el día. Mientras me desplazaba por la casa en mi silla de ruedas, me acercaba a la ventana una y otra vez para ver si la bicicleta roja seguía allí.

Desde el fatídico día de mi accidente había ido aprendiendo a conformarme con mi situación y me había construido dentro de mi casa todo un mundo paralelo en el que creía controlarlo todo.

No me bastaba con estar en una silla de ruedas para sentirme menos culpable por haber atropellado a alguien con mi coche. Necesitaba, además, imprimirle a mi vida un orden que me alejara de la culpa. Pero ahora, incluso esa ilusoria sensación de control se me había evaporado porque la sempiterna bicicleta roja estaba allí, cambiando el ritmo de mi vida cotidiana.

Desde la mañana -cuando la veía por primera vez- hasta la tarde cuando desaparecía misteriosamente, estaba pendiente de ella. Sin embargo, nunca podía ver quién la dejaba o la retiraba.

Por todo ello, este mediodía decidí romper mi rutina y venciendo mi fobia, salir a la calle.

Necesitaba observarla de cerca para intentar dilucidar el misterio de una presencia que me estaba volviendo loco.

Y me vi recompensado, porque mientras el camión que no vi venir al cruzar la calle me levantaba por los aires, por fin pude desvelar el misterio de la bicicleta roja.

Por fin podía conocer a su propietario: el ciclista plantado junto a ella me sonreía beatíficamente y levantaba su mano derecha como invitándome a ir hacia él.

En el breve instante en que pude observar toda la escena como en cámara lenta, reconocí aquella figura inconfundible de piernas musculosas y sin embargo aspecto etéreo. Parecía un gorrión menudo de cara infantil y diríase que el contacto con la bicicleta lo había transformado en un niño perenne, habitante de un eterno Día de Reyes.

Mientras mi mente se detenía en esa cara que me había visitado tantas veces en el hospital, en las duermevelas agitadas que me producía la anestesia, mi cuerpo se desembarazó de la silla de ruedas y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí totalmente libre.

Annabel Villar

La calle luminosa

Mi cuerpo forma parte de la tierra.
Mis pies pisan el polvo, los caminos,
la piedra de las calles, la ciudad,
los adoquines, el tumulto urbano.
Mi cuerpo cae en la tierra como un peso,
como una turbia armazón vestida,
como una gravedad o consistencia
de años, de pasos, de fatiga humana.

Y por los pies, por los zapatos que uso,
sube alguna pasión inmensurable,
el tiempo va dejando contra el mundo
lo que aún permanece y que no ha muerto.

Cualquier sustancia que se pisa viene
del origen oscuro de la vida,
del anteayer que no se ha consumido,
ni se ha gastado. Lo que sojuzgamos
al caminar, lo que quedó debajo
de nuestras uñas, nuestros calcetines
o medias de mujer, sólo es la escoria
de lo que alguien usó, de un caminante
o de varios, de muchos, de distintas
piernas que sostuvieron cuerpos: brazos,
y manos y cabezas, pensamientos
distintos, emociones diferentes,
y pasiones, deseos y esperanzas.

Suciedad, polvo, barro, agua de lluvia,
cosas extrañas y que el viento mueve
de un lugar para otro, se congregan
en torno de mis pasos, mi existencia,
mi tiempo propio, nunca intercambiable.

Y los papeles que se vuelan y
las hojas de los árboles de otoño
y las últimas cenizas de tabaco,
viven de alguna forma, y compartimos
las aceras, los cruces de semáforo,
la calle como es: sucia y gastada,
vivida y luminosa.

Francisco Alonso Ruiz

Tribulación

Me he comido toda el alma
a falta de otro sustento…
Mi vida, sin tu mirada,
ha destrozado mis sueños.
Ya mis labios se han secado
sin el sabor de tus besos,
y he perdido mis caricias
que jugaban con tu cuerpo.
Ahora camino perdido,
llorando, con desconsuelo,
ido; sin pensar en nada,
loco; sin oír tu acento,
ese sonido increíble
que absorbía mi cerebro.
Y vacío ahora sin ti,
se ralentiza mi pecho,
sin latidos, poco a poco…
y en la nada, me disuelvo.

¡Me he comido toda el alma,
a falta de tus te quiero…!

Diego Zambrano-Enriquez

UNA PERSECUCIÓN INESPERADA

Son curiosas las consultas que pasan por mi despacho de abogado. La gente tiene una fantasía sin límites. Llevo muchos años de profesión y aún me sigo sorprendiendo de los encargos peregrinos a los que me veo obligado. Quiero decirles sobre mí que estoy soltero, que me agrada la buena mesa y que disfruto con la compañía de una mujer hermosa. Las prefiero cultas y desinhibidas. Diré a mi favor que me considero un hombre guapo y de palabra fácil. Dicho esto, les refiero lo que le sucedió a una de mis más queridas amigas.

Me llamó con urgencia a su residencia de Canido. Acudí como otras veces que me había necesitado. Una vez fue un asunto de infidelidad de su esposo –un tipo desagradable y con el que no congenié–, no entendía como mi amiga se había casado con él, por el dinero, supongo, porque era asquerosamente rico. No tenían hijos, pero él sí, de un matrimonio anterior. Por lo que ella trataba de ir asegurándose el porvenir. Unas fotos oportunas, hechas por uno de mis ayudantes, le proporcionaron una cuenta más que regular. Las fotos eran comprometedoras. En ellas aparecía follando con una mulata de formas exuberantes. En otra ocasión, un asunto feo de pederastia, le incrementó la renta en otra cuenta corriente, con visa platino incluída. Estos sucesos no produjeron la separación, pero sí un acuerdo de conveniencia muy útil para su posición social.

Hacía tiempo que no sabía nada de ella y no estaba al tanto de los términos en que se encontraba en estos momentos. Además de ser un placer el visitarla, su llamada despertó mi curiosidad y un ansia física de verla. No quiso adelantarme lo que le sucedía. Sí, me puso el gancho de que su marido estaba de viaje por unos días y que el mejor sitio para vernos era su casa.

Así que me dispuse a recorrer la costa que bordea la playa de Samil, bañada en esos días otoñales, por un mar tranquilo y nostálgico. Aparqué en la pinada para darme un paseo, era temprano, faltaba una hora para la cita. Me estiré y respiré hondo dejando que mis pulmones se hinchiesen del olor a yodo. Corría una brisa suave que traía multitud de sabores y olores de sal, algas y mariscos, mezclados con las resinas de los pinos y los eucaliptos, que poblaban el parque. Un balandro cabeceaba en el verde azul. Dejé vagar mi imaginación y el inconsciente trajo a mi mente otros encuentros con Bel. Me emocioné ante el recuerdo de su fragilidad y la pasión desaforada de su cuerpo. En la entrepierna noté un cosquilleo de inquietud y abandoné el paseo para llegar enseguida a casa de mi amiga. El sol escondido tras el horizonte había dejado un rastro rojizo y unas nubes algodonosas velaban el azul.

Su palacete estaba enclavado sobre unas rocas que batían las olas. Era una joya del modernismo, en este momento, bañada por la luz del atardecer. Ella en persona me abrió la puerta. Nos abrazamos y sentí su corazón contra mi pecho. Estaba muy hermosa. Su cabello rubio recogido al desgaire sobre la nuca, caía en mechones desordenados y su figura esbelta embutida en una túnica japonesa dejaba adivinar sus formas. Era menuda y delicada como una geisha. Unos cercos oscuros rodeaban sus ojos. Me tomó de la mano y me condujo a una sala luminosa desde la que se contemplaba el mar, salpicado por pequeñas barcas mecidas por la marea.

–Querido, gracias por venir tan pronto. Te va a parecer una locura lo que te voy a pedir. No conozco otra forma de solucionar este enredo. Me pasé la noche merodeando por el jardín. Estoy hecha un lío. –Mientras hablaba me conducía al salón en el que había unos sillones muy confortables.

–Siempre es un placer verte. Ya sabes que te amo. ¿Es grave lo que sucede? Me intriga tanto misterio.

–Para ti va a resultar una tontería, una causa baladí.

Se dirigió al bar en tanto hablaba.

– ¿Quieres lo de siempre o has cambiado de gustos? –sin esperar respuesta continuó–. Como te decía, te va a parecer una bobada.

En el bar, que se encontraba en un rincón, preparó con mano trémula unas copas de whisky.

–Voy al grano. No sé si sabes que tengo una gatita rusa de raza azul –me entregó la bebida y siguió contándome–. A pesar de mis precauciones, en la época de celo, esta vez se me escapó. Necesito que alguien la siga día y noche, fotografíe y tome notas de todos los gatos con los que se aparee.

Su tono se volvió chillón y excitado. Soltó el párrafo sin respirar.

–Uh…–me quedé farfullando ante la sorpresa.

–Tú tienes personal que puede hacer este trabajo. No me vengas con disculpas. Es muy importante para mí y muy urgente. Pagaré bien. Escapó ayer noche y suelen pasar unas horas antes de que acepten un macho. Le he puesto toda clase de trampas para atraerla pero puede más el instinto de joder. ¡Ay, qué vida esta! Hasta los gatos pueden conmigo. Es que llevo una semanita que ni te cuento. Este animal tiene un pedigrí impoluto y sus descendientes valen un Potosí. ¿Qué puedes hacer por mí? –dijo todo esto atropelladamente y con voz aguda.

Me miró ansiosa, pendiente de mis labios.

–Bueno, es que el encarguito tiene bemoles. Creí que era algo crucial. La verdad es que el asunto es cómico, cómo planteárselo a uno de mis hombres para que no me mande al carajo, ahí está el quid. Con dinero se puede conseguir todo, ¡claro!

–No me falles. Mi marido estos días me importuna con sus zalamerías. Los negocios parece que no van bien y me propone invertir en fantásticas ideas para hacerme más rica, pero yo no caigo en la trampa. Porque es una estrategia para hacerse con mis ahorros.

–Bueno, bien ¡cálmate! Espera un momento a ver qué puedo hacer. Tengo un chaval que es el adecuado. No tiene pretensiones. Además anda corto de pasta. Vamos a proponérselo. Quizá acepte.

Me acerqué al ventanal mientras manipulaba el móvil observaba a mi amiga que dentro de su postura natural se mostraba nerviosa e intranquila.

–Oye, Gitano, tengo un trabajito para ti. Es un tanto raro –dije por teléfono a mi ayudante en cuestiones detectivescas un tanto oscuras.

Le expliqué lo que quería. Cuando me entendió -que me costó hacérselo comprender- le prometí una enjundiosa paga por la investigación. Me dio su palabra de incorporarse inmediatamente pertrechado con una cámara fotográfica de alta definición. En media hora estaría aquí para recoger una foto de la pécora fugada. Me dirigí a Bel y le informé.

–Arreglado. Dentro de un rato llegará el chico que te dije. Tienes que darle una foto. Cuanto más nítida sea mejor. No te preocupes más, el asunto está en buenas manos. Mientras nosotros podemos hacer una escapada romántica ¿Qué te parece al Parador Real? Así te olvidas de tu querida mascota ¿Cuánto dura el celo de un gato, lo sabes?

–Sí, unos tres días, lo más. Después regresará hecha unos zorros como otra vez que se escapó. Entonces, el veterinario le dio una píldora abortiva y se solucionó el problema. Pero me avisó que era peligroso volver a recurrir al mismo remedio. Podría morir. De ahí el problema.

–Me parece bien distraerme un poco. ¿Tienes la suficiente confianza en ese individuo que llamaste? –dijo preocupada.

Su voz cambió para exclamar:

– ¡Oh, sí, cuánto me apetece una noche loca! Celia se ocupará de la casa y de atender a tu sabueso. Ella le dará todos los datos y las fotos de Anastasia. Acomódate a tu gusto mientras me visto y la aviso.

–¡Anastasia!

–Sí, es el nombre de mi gatita.

Corrió escaleras arriba tirándome un beso al pasar.

Efectivamente salimos. Antes había llamado para reservar en el parador. Había que tener amigos en todas partes para que te facilitasen en el momento una suite.

Todo transcurría como había planeado. Cuando estábamos en los momentos álgidos de nuestros juegos íntimos sonó el teléfono. El champán se deslizaba en cascada por la piel de Bel y yo bebía en los huecos y repliegues de su cuerpo. Era un momento erótico y excitante, mis sentidos latían con frenesí. De momento no hicimos caso pero el timbre insistió. Volví a la realidad y tome el auricular. Era El Gitano. Conocedor de mis costumbres me había localizado enseguida.

Me dijo que habían llamado preguntando por la señora. Que volverían a hacerlo, era urgente y se refería a Anastasia. No querían hablar más que con Bel. La voz concretó –según me dijo– que estuviese disponible a las tres de la madrugada, si no que olvidase su gatita.

Al enterarse Bel ya no fue capaz de permanecer en la suite, ni mimos ni juegos, fueron capaces de distraerla. Sólo quería regresar cuanto antes, aunque faltaban más de tres horas para la cita.

Ya en su casa se paseaba por el salón nerviosa, mordiéndose las uñas y agitando las manos. Se tomó varios vasos de whisky de golpe y se acercaba, de vez en cuando, al teléfono como si este fuera a sonar más pronto si lo descolgaba para comprobar su funcionamiento. A las tres en punto nos asustó su timbre. Habíamos acordado que yo seguiría por un supletorio la conversación.

Del micrófono salió una voz distorsionada. "¿Eres Bel? Escucha con atención. Tengo a tu gata, sé que la quieres más que a nadie, si haces al pie de la letra lo que te pido no le pasará nada, si intentas engañarme no volverás a verla. Estas son las condiciones. Te doy las primeras horas de la mañana para que puedas ir al banco. En billetes de quinientos depositas en la casilla número veintidós de la estación de RENFE de Vigo, seiscientos mil euros. A las dos de la tarde, ni antes ni después, a las dos. Recuerda, a las dos. Allí encontrarás una llave con un número para una casilla de la estación de autobuses donde dejaré a la gata, pero no estará allí hasta las seis de la misma tarde. ¿Has comprendido? Y nada de subterfugios con ese abogado amigo tuyo. Te estoy vigilando."

Colgó sin más explicaciones.

Bel pálida como una muerta se volvió hacia mí.

–¡Seiscientos mil! Todo lo que tengo en la cuenta del lío aquel. Sí, cuando lo del niño –me aclaró.

–¿Cuánto te pedía tu marido para su idea de una inversión? –le pregunté con una sospecha más que fundada.

–Lo mismo. ¿Tú crees? No se atrevería. Sabe que tiene mucho que perder. Las pruebas que tengo lo llevarían a la cárcel. Están en una caja fuerte del banco, aunque como es tan inmoral es posible que haya hecho algo…No las tengo todas conmigo mientras no compruebe que siguen allí, –dijo llorosa y con gesto indefenso.

–No me huele bien este asunto. Y a la policía ni pin. Habría que dar unas explicaciones imposibles. ¿No puedes olvidarte de Anastasia?

–No, y ahora menos puesto que sospecho del cerdo de mi esposo. ¿No se te ocurre nada?

–En estos momentos no puedes hacer otra cosa más que esperar. Acuéstate. Toma algo para dormir y mientras, yo, con el Gitano, establezco algún plan.

Se fue a dormir después de llamar a Celia para que nos atendiera.

Me reuní con mi ayudante y nos dispusimos a trazar un plan de ataque contra los secuestradores. La cuestión era que todo parecía diáfano.

Pasamos un largo rato en la cafetería de la estación de RENFE. Localizamos la casilla número veintidós de la consigna. Y después nos fuimos a autobuses para ver cómo se podría vigilar el conjunto. No se sabía el número. Acordé incorporar a la vigilancia a otro ayudante más y yo me fui a descansar para acudir a primera hora al banco.

Cuando me encontré con Bel la hallé demudada y con los ojos enrojecidos. Los documentos habían desaparecido. ¿Cómo? El banco confirmó que su marido había llegado con la llave y permanecido en la bóveda, nadie desconfió de su acción. La posesión de la llave le daba derecho.

No teníamos caso. Había que enseñar las cartas y negociar. Nos fuimos a mi despacho y desde allí llamé al marido.

Airam Lebasi

La casa

Qué sola está la casa
al lado de la playa y del tranvía
roja del sol que abrasa
toda ella en agonía
desde que tú te fuiste el otro día

de plomo la gran puerta
el viento serpentea en las ventanas
y un ave casi muerta
espera en las solanas
en busca de tus sombras soberanas.

Qué sola está la casa
al lado de la playa y del tranvía
roja del sol que abrasa
toda ella en agonía
desde que tú te fuiste el otro día.

Lucía Espín

Mis manos…

Inspirado en “Estas manos”, canción popular
escrita por el maestro Facundo Cabral.

Estas manos,
se aferraron a una orilla
que nunca fue tuya,
ni de tus manos.
Estas manos,
se quedaron persistentes,
suavizaron la agonía,
estas manos, mis manos.

Estas manos,
se levantaron contra todo,
contra nada, contra el polvo,
estas manos,
estas manos se cayeron
pero jamás se soltaron,
me curaron, me indicaron, estas manos.

Estas manos,
fueron hijo, fueron padre,
hermano y amigo,
también fueron amante,
mis manos, estas manos.

Estas manos,
estas manos
te brindaron bienvenida
y ahora el adiós te lo llevas,
precisamente, de estas manos.
De estas manos…
De estas manos.

Juan Carrizo

Cuando el agua corría por el río

Nací en un pueblo de oro,
cuando el agua corría por el río
como si fuese un toro
a su libre albedrío
demostrando su brama y poderío.

Todo era diferente,
y el recuerdo me llega como antaño
el calor de la gente
y el amor sin engaño
que me dieron de niña año tras año.

La tierra olía a tierra,
los pinos a pinos de montaña
donde ninguna sierra
tuvo osadía y saña
en serrar la fragancia de mi España.

Mucho tiempo ha pasado
y solo corren piedras por el río
y mi niña ha volado
con aquel pueblo mío
que antes fue de oro y de oro está vacío.

Lucía Espín

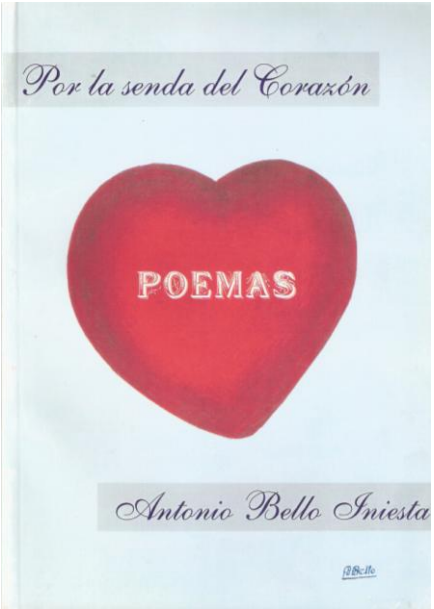
EL SEGUNDO LIBRO DE UN POETA PAISANO Y AMIGO

Por la senda del corazón. Poemas
Antonio Bello Iniesta
Edición del autor
Socuéllamos, 2002

En España son muy numerosos los poemarios que, editados y sufragados por sus autores, dejan constancia de sus más íntimos sentimientos, dando cuenta, asimismo, de sus deseos de cordial expresión y comunicación.

Antonio Bello Iniesta, un hombre que como yo nació en Socuéllamos, donde ha vivido casi la totalidad de su vida, ha escrito y publicado a sus expensas dos poemarios, el segundo de ellos, titulado *Por la senda del corazón. Poemas*, en 2002, es una autobiografía lírica de su autor, tras cuya lectura no podemos menos que recordar aquellos versos de Miguel Hernández en los que manifestaba su deseo de colocar su nombre en la portada de un libro que contuviese sus poemas, tal como efectivamente consiguió en *Perito en lunas,* afirmando, en una carta completamente abierta dirigida a sus paisanos "pienso hacer/ con poesías de las dadas/ a la luz y de las que están/ sin ver la luz para nada / -que son bastantes- un libro". Por su parte, Antonio Bello Iniesta, desea que su libro sea adquirido por la totalidad de sus paisanos, tal como afirma en uno de sus poemas, cuando dice: "Puede ser que oigas quien predice/ que tu vida es la manera/de dar noticia sincera/ en un pueblo de la Mancha,/ que como una veloz lancha/ tu edición comprará entera./"; por otra parte, con su libro, tal como afirma en otra ocasión, aspira a conseguir "unos pétalos de fama". El poemario contiene también doce ilustraciones originales del poeta que dejan constancia de otra de sus dedicaciones artísticas que, según sus propias manifestaciones, hubo de abandonar debido a la necesidad de dedicar su tiempo a ocupaciones que le permitieran obtener los ingresos necesarios para su sustento, ya que la escritura de poemas no precisaba de una tan intensa y continuada dedicación, mientras que la pintura, su otra vocación, era incompatible con un horario laboral exigente.

Como puede deducirse del propio título, *La senda del corazón* constituye un itinerario lírico en el que Antonio refleja sus emociones más íntimas y continuadas, ligadas y, en cierta medida, provocadas por el entorno en el que ha transcurrido su existencia, que, evidentemente, no es otro que su pueblo y la región en la que se encuentra ubicado y los personajes y paisajes que la caracterizan. De tal modo que, ya en el inicio del poemario, su autor expresa, en doce magníficos sonetos, su devoción por los símbolos y los prototipos de su tierra, entre los incluye, como no podía ser de otro modo, a Don Quijote y Sancho. Otro de sus reiterados motivos, la mujer, se nos presenta desde diversas perspectivas, entre las que destacamos las ocasiones en las que aparece como símbolo y esencia de la Mancha y otras en las que la hallamos como desdeñosa amada que no acepta los requerimientos del poeta, e incluso como deslumbrante e inalcanzable estrella que despierta irresistibles y arrebatadoras pasiones. Del extenso poemario no están ausentes casi ninguno de los temas o motivos que constituyen el común acerbo de todos los poetas.



En el conjunto de las composiciones es obligado poner de relieve la corrección métrica y lo cuidado de la expresión poética y literaria que es, sin duda, el resultado de un esmerado trabajo de nuestro amigo, el poeta Antonio Bello Iniesta.

Aunque según reiteradamente se afirma, "no corren buenos tiempos para la lírica", el libro de Antonio demuestra que siempre habrá poetas que dejen constancia de sus sentimientos y los socuellaminos y socuellaminas podrán constatar como en los versos de *Por la senda del corazón* se encuentran las emociones que en tantas ocasiones los han embargado y por otra parte sentirán el legítimo orgullo de contar en su pueblo con un auténtico poeta tan inspirado y cuidadoso de las formas líricas como su autor.

Manuel Parra Pozuelo

Este rincón que inauguramos será una ventana por donde asomen los jóvenes artistas menores de veintiún años.

Veinte años en su cuerpo lleva Iván Calero Marco, nuestro primer cachorro; es alicantino y proclama sin ambages ser patriota –no de estados y fronteras- sino de la geografía, el lenguaje y las costumbres de su tierra. Declara abiertamente que le gusta mucho saber, pero no estudiar. Querría ser un perfecto enciclopedista "entendido tanto en letras como en ciencias", mas trastabillando entre las ciencias sociales y las ciencias puras (según la partitura boloñesa) en su corta andadura, descubre un día el sentido del esfuerzo entre los panecillos con sésamo y la carne picada de una hamburguesería. Lo suyo se convierte entonces en la conquista del pan nuestro de cada día, con esfuerzo físico, sudor y alegría.

Trovador (acaso trotamundos) y motero de motos gordas (Customs, puntualiza él), se confiesa romántico, apasionado y guitarrero.

¡Qué la fuerza le acompañe por esos mundos de dolor y brega!

Mercedes Rodríguez

Réquiem de amor

Agarrad mi corazón,
despojádmelo del pecho.
Arrancadme las entrañas,
y postradlas en su lecho.

Despojadme de esta muerte,
que sufriendo vivo en vida.
Ya no siento la Otra Parte,
sólo resta ya la herida.

Ella ya no está,
el gran río la llevó.
A reunirse con los muertos va,
caminantes de la nada son.

Tanto, tanto la echo en falta,
que esta vida infierno es.
Tanto, que hasta el aire mata;
sin ti muero y no lo ves.

Mil errores cometí,
y por ellos pagaré.
Pero os ruego, permitid
que me redima y lo haré.

Oh, mi fría, cruel y oscura
persecutora incesante,
ha llegado ya la hora,
escuchadme atentamente:

De mi abrazo os la llevasteis,
luché y nada pude hacer.
Mi esperanza devorasteis,
toda mi razón de ser.

Mas no es éste mi final,
todavía fuerza queda,
pues yo aún le soy leal,
hasta que mi aliento pueda.

Llevadme a mí os lo suplico,
llevadme a mí en su lugar,
si lo hacéis os pertenezco
desde hoy hasta el final.

Que su luz al mundo vuelva,
que ella vuelva a respirar,
que su andar el aire mueva,
que no pueda recordar.

Que no vuelva a su memoria
un amor pasado ya,
que le vuelva su alegría
y se vuelva a enamorar.

Iván Calero

Asociación Cultural
AUCA de las Letras

OBRAS SOCIALES

AYUNTAMIENTO DE ALICANTE